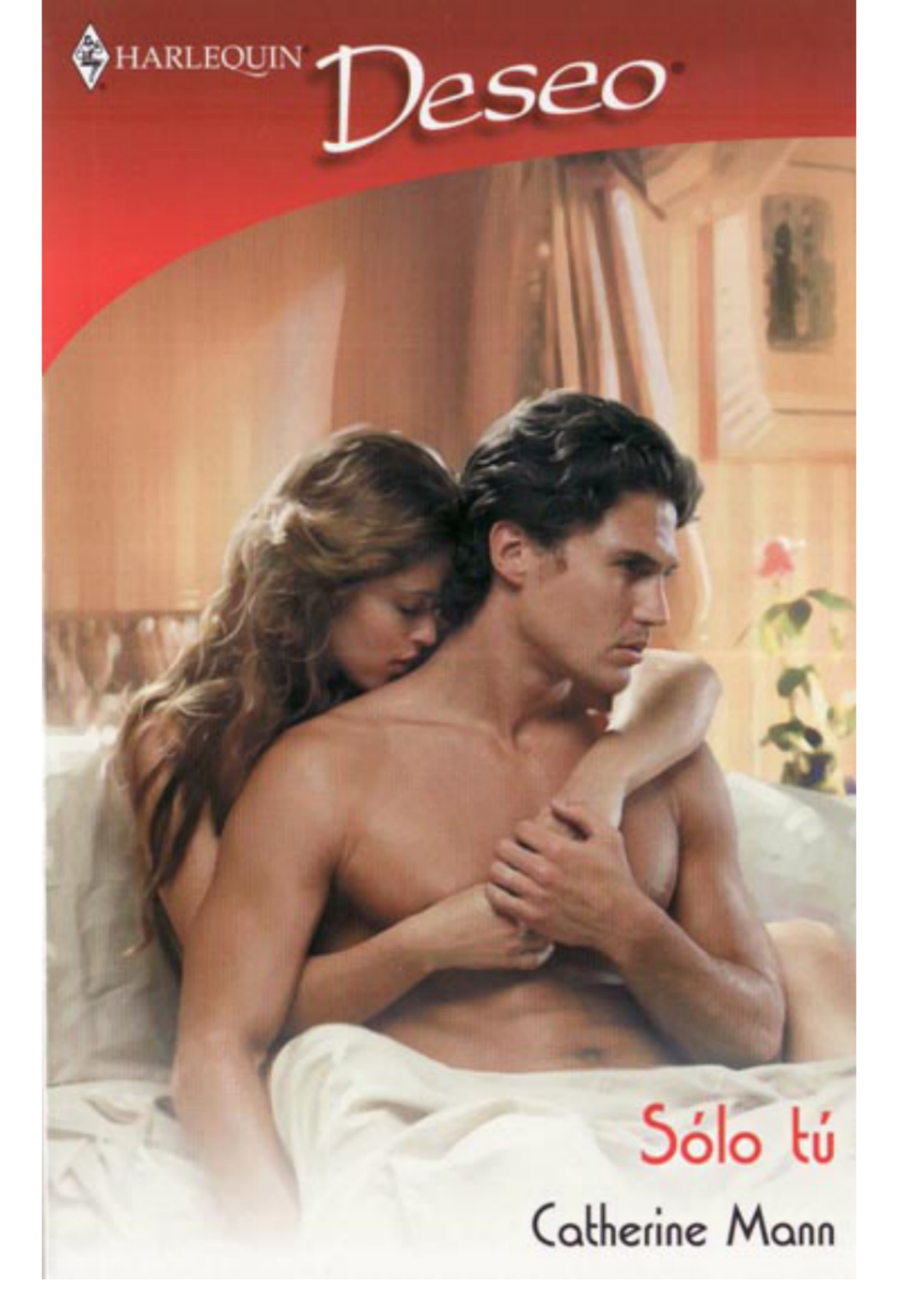

HARLEQUIN
Deseo
Sólo tú
Catherine Mann

Sólo tú

Catherine Mann

Sólo tú (16.5.2007)
Título Original: Under Millionaire's Influence (2007)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1521
Género: Contemporáneo
Protagonistas: David Reis y Starr Cimino

Argumento:

¿Cómo podría negarle nada a aquel hombre?

Amable. Irresistible. Peligroso. David Reis era todo eso y mucho más y había protagonizado las fantasías de adolescencia de Starr Cimino… Además había sido su primer amante y su gran desengaño. Ahora que había regresado, Starr no quería arriesgarse a caer bajo su influencia una vez más.

Pero David no tenía intención de concederle una tregua. Quería volver a tener a Starr en su cama y había ideado un plan de seducción al que ninguna mujer podría resistirse…

Capítulo 1

Starr Cimino juró comprarse un nuevo pijama en cuanto abrió la puerta de su casa y encontró a su archienemiga. Una camiseta vieja no era una buena armadura para entrar en batalla. Afortunadamente, y gracias a haber aprendido a defenderse de unos padres canallas, no tenía miedo a nada. Y menos, a una mujer de sesenta y siete años, la madre del hombre al que había entregado su corazón y su virginidad.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Hantilton—Reis? —preguntó, forzando una sonrisa que había aprendido de su madre adoptiva, la «tía» Libby.

Sabía que a la tía Libby no le hubiera gustado que sintiera rencor hacia la anciana, pero no podía evitarlo. No en vano, siempre la había tratado despectivamente y se había opuesto a la relación entre ella y su preciado hijo.

Por eso Starr y David habían tenido que verse a escondidas durante el tormentoso romance que habían mantenido en la adolescencia.

—Quiero que tus familiares quiten de mi vista sus caravanas —dijo Alice Hamilton—Reis por encima del murmullo del mar.

Starr abrió los ojos desmesuradamente. ¿Su familia estaba allí?

Un escalofrío le recorrió la espalda al mirar hacia un lado y comprobar que había tres caravanas aparcadas entre su pequeña casa

prefabricada y la mansión de los Hamilton—Reis, las mismas caravanas en las que ella había viajado antes de la oportuna intervención de los servicios sociales.

Starr se pasó la mano por el despeinado cabello y pestañeó como si con aquel gesto pudiera evitar que su vida se complicara. Sin embargo, cuando volvió a mirar, comprobó que la situación, lejos de mejorar, empeoraba, pues ante sus ojos apareció otro de sus constantes motivos de preocupación.

David. Le vio bajar los escalones de su casa con la misma seguridad en sí mismo que ya le caracterizaba de adolescente. Llevaba un pantalón negro y una camisa blanca que contrastaba espectacularmente con su cabello azabache y su bronceado natural.

El corazón de Starr se aceleró al recordar que diez años atrás, él le había roto el corazón después de darle uno de sus ultimátum exigiéndole que lo siguiera y abandonara la vida que tanto le había costado construir. Y apenas un año atrás, en una de sus visitas, coincidiendo con unos días en los que Starr estaba baja de ánimo, habían acabado en la cama al poco de encontrarse. Después, David había insistido una vez más en que lo dejara todo para seguirlo en sus viajes por el mundo.

Pero Starr, una vez más, no quiso ceder.

Prefirió no pensar en que desde entonces no había estado con nadie y se prometió a sí misma que resistiría toda tentación a caer en brazos de David, por más que, con sólo verlo, notara que su cuerpo recobraba vida. De hecho, debía ignorar todo lo relacionado con su estado emocional y concentrarse en resolver el problema de sus padres biológicos para, a su vez, librarse de la aristocrática madre de David.

Este se detuvo al pie de las escaleras.

—Mamá, no deberías haber salido. Hace frío —llevaba una toalla al cuello, prueba inequívoca de que acababa de afeitarse, y aunque con toda seguridad había salido precipitadamente en busca de su madre, parecía tan sereno como de costumbre—. El médico ha dicho que debías tener los pies en alto hasta que la medicina para la tensión arterial hiciera efecto.

«Lo que faltaba», pensó Starr, «si no soy amable con ella corro el riesgo de que le dé una embolia». E, inmediatamente, oyó la voz de la tía Libby recriminándola por su crueldad: «Niña, niña...!»

No se le ocurría qué decir. En la costa, las gaviotas revoloteaban buscando su desayuno; desde Charleston, llegaba el sonido de las campanas dando las siete. Para recuperar un poco de seguridad en sí misma, Starr se estiró la camiseta y trató de imaginar que llevaba sus mejores vaqueros y sus sandalias favoritas. No se le daba mal hacer de princesa. Era una de las cosas que había perfeccionado durante su infancia circense. Siempre se había resistido a sentir vergüenza por lo

que había hecho o lo que le habían obligado a hacer. Yen aquel momento, tuvo que recordarse que era una mujer de negocios, y que ella y sus dos hermanas adoptivas habían transformado la casa de la tía Libhy en un restaurante de éxito, el Beachcombers.

Decidió ignorar a la malhumorada Alice y miró a su antiguo amante, que incluso a aquella hora de la mañana, con el cabello mojado por una ducha reciente, le resultaba irresistible.

—Hola, David, tu madre y yo estábamos intentado decidir cuál sería el aparcamiento más adecuado para las caravanas de mi... —no le salía la palabra «familia».

Habían dejado de serla después de dejarla durante año en casas de acogida, incapaces de decidir si querían recuperarla o darla en adopción.

La señora Hamilton—Reis se asió del brazo de su hijo como si súbitamente se sintiera débil.

—Dan una mala imagen al restaurante. Estarían mejor en la playa.

Como de costumbre, su actitud se dulcificaba cuando su hijo estaba delante. Starr sonrió para sí misma, pero en cuanto vio a David avanzar hacía ella se alteró: el olor de su loción de afeitado, la sensualidad con la que la miraba..., todo contribuía a que perdiera la voluntad y quisiera fundirse con él. Decidió concentrarse en la señora Hamilton—Reis ya que era el mejor recordatorio de que debía mantenerse alejada de David.

—En cuanto hable con ellos, les diré que aparquen más cerca de la orilla, en la zona de hierba.

La madre de David miró en la dirección que indicaba.

—Será mucho mejor para el restaurante, querida —luego, dio una palmadita en la mano a su hijo—: Gracias por preocuparte por mí. Voy a desayunar al porche con los pies en alto. ¿Me acompañas?

David asintió.

—Ve tú primero. Yo iré enseguida.

La mujer que en el pasado había aprovechado cualquier oportunidad para recordarle que no debía interponerse entre su hijo y sus sueños, y que, en ausencia de su hijo, se relacionaba con ella con una desaprobadora frialdad que solía dejarla helada, forzó una sonrisa.

—Me alegro de que estemos de acuerdo, querida —dijo. Y se alejó hacia su casa.

Starr suspiró y cerró los ojos, pero la luz anaranjada del amanecer atravesó la piel de sus párpados y estalló en su cerebro. O tal vez lo que creyó una sensación fisica no era más que una acumulación de emociones: David, sus padres, Alice Hamilton—Reis. Eran demasiadas preocupaciones para una sola mañana.

Sacudió la cabeza como si con ello pudiera liberarse de las

inseguridades de su juventud y abrió los ojos. David seguía allí, en su porche, tan guapo y tentador como siempre. Pero ella era una mujer adulta, dueña de un negocio propio y segura de sí misma.

—Así que has vuelto de... ¿De dónde esta vez?

Aunque David habría podido permitirse no trabajar porque era rico, trabajaba de empleado civil en las fuerzas aéreas como OIE, oficial de investigaciones especiales. Viajaba por todo el mundo en misiones especiales, tal y como había soñado hacer en su adolescencia. Ya entonces, tendidos sobre una manta en la playa, bajo el cielo estrellado, David solía decirle que, si llegaba a conseguirlo, ella lo acompañaría siempre que la naturaleza de la misión lo permitiera. Y Starr, a pesar de la necesidad que sentía por asentarse y crear un hogar, había claudicado en más de una ocasión, prometiéndole que lo haría.

David subió los escalones que quedaban para llegar a su altura y se apoyó en un pilar del porche con las manos en los bolsillos.

—He estado en Grecia, trabajando con un equipo antiterrorista de la OTAN.

—¡Caramba, puedes contarlo! Suelen ser actividades secretas. Suena interesante.

David no dijo nada. Les llegaba el rumor de las olas rompiendo en la costa y el murmullo de la gente que entraba en el restaurante de al lado para desayunar. Pero Starr ya sólo podía concentrarse en él.

—Supongo que era una de esas misiones a las que solías decir que yo podría acompañarte —dijo, sin pensar.

David arqueó una ceja y ladeó la cabeza, pero permaneció en silencio. Starr estaba cada vez más titubeante y confusa. David siempre había tenido ese efecto en ella: lograba que su mente se cortocircuitara.

—Aunque eso son cosas del pasado —siguió. incapaz de contenerse —. Además, ahora tengo un negocio y no podría dejarlo cada vez que se me antojara. Aun así, suena muy exótico.

Su hermana adoptiva, Claire, habría disfrutado probando la comida de países lejanos. En Beachcombers hacían cocina tradicional, pero a ella le gustaba añadir algún toque de sofisticación de vez en cuando.

Ocasionalmente, Starr había soñado con viajar para ver en persona las grandes obras de arte, pero la idea de pasar tiempo en la carretera no le tentaba. Ya había viajado lo suficiente durante los diez primeros años de su vida con su familia nómada.

Para ella, la felicidad era despertarse cada día ante el mismo paisaje. Quizá su casita prefabricada al lado del Beachcombers era muy modesta, pero era suya. Era su hogar.

—¿Exótico? —repitió David con sorna—. Antes sólo te parecía que estaban demasiado lejos.

Starr supo en aquel instante que no podía seguir pretendiendo que no había nada entre ellos. Con él no le servia ni creerse una princesa ni imaginarse a sí misma protegida por una armadura. La realidad era que sentía un dolor profundo y llevaba puesta una camiseta gastada.

—David, hemos hablado de esto mil veces, ¿por qué no lo dejamos?

David le quitó del hombro una flor de papel de seda, una nueva confirmación para Starr de que los dioses se habían confabulado contra ella. No sólo tenía un aspecto impresentable, sino que, además, parecía una niña jugando con recortables. David sujetó entre los dedos la flor plateada con la que Starr estaba decorando unas bolsas de confeti para una boda, y su boca se curvó en una característica sonrisa al tiempo que alargaba la mano y se la colocaba detrás de la oreja. Al hacerlo, le acarició la mejilla con los nudillos con delicadeza, como si lo hiciera involuntariamente, pero Starr lo conocía muy bien y sabía que era un gesto deliberado. No en vano había experimentado sus caricias en la adolescencia y apenas un año atrás, pero desde aquel momento estaba decidida a resistirse. No podía perder el dominio de sí misma cada vez que David la tocaba y acabar con él en la cama.

O contra la pared.

Dio un paso atrás.

—Vigilaré a tu madre. Si veo que trabaja demasiado te llamaré.

—Gracias.

Starr estuvo a punto de preguntar más detalles sobre la salud de la madre de David, pero se dio cuenta de que eso prolongaría su vista, que era lo contrario de lo que debían hacer. Siempre que estaban juntos, David acababa haciéndola enmudecer con un beso.

—¡Somos un par de idiotas! —masculló.

David arqueó una ceja con arrogancia.

—¿Qué has dicho?

—Perdona, pero tengo cosas que hacer —Starr asió el pomo de la puerta—. He de vestirme y…

—Yo debería mover mi trasero y marcharme de tu porche.

Starr no pudo reprimir la carcajada que burbujeó al instante en su garganta. Siempre le había hecho gracia el ácido humor de David.

—Lo has dicho tú, no yo.

Starr entró y, apoyándose en la puerta, tomó aire.

Había superado la prueba. Estaba sola en su casa y, afortunadamente, David se había marchado antes de que sus padres se levantaran.

«Tía Libby, gracias por ayudarme», pensó.

Pero sabía que no podría contar siempre con la ayuda de su madre

adoptiva. Dada su mala suerte, estaba segura de que sus padres instalarían unos urinarios públicos y cobrarían por su uso. Nunca perdían la oportunidad de ganar algo de dinero. Y si no necesitaban trabajar para conseguirlo, mejor que mejor.

Sus padres... Le resultaban tan ajenos que no comprendía por qué no pensaba en ellos como Gita y Frederick. Su verdadera madre era la tia Libby.

Tenía que dejar a un lado aquellos perturbadores pensamientos. Sólo conseguirían debilitarla y, como consecuencia, dejarla a merced de David.

Pero, por más que quisiera pensar que se trataba de una casualidad y no de su mala suerte, no comprendía por qué los dioses le habían mandado a su nómada ex familia, la misma que se había aprovechado de ella, la había utilizado y, finalmente, rechazado, al mismo tiempo que David hacía una de sus raras apariciones en Charleston.

Capítulo 2

—Viendo cómo usas esa pistola de pegamento, no me extraña que los hombres te rehuyan.

Starr sabía que Claire estaba en lo cierto. Sólo una hermana, aunque fuera adoptiva, era capaz de dar en el clavo de aquella manera. Colocó sobre la superficie de trabajo las bolsas de regalo, la purpurina y las caracolas, junto con el papel de seda. Estaba aprovechando el tiempo antes de que los habitantes de la caravana se pusieran en marcha. Necesitaba serenarse tras el encuentro con David antes de enfrentarse al siguiente problema.

Miró por la ventana diciéndose que su romance había acabado hacía años y que debía aparcar cualquier recuerdo relacionado con él. Su hermana estaba terminando de decorar un pastel y dos chicas ayudaban a servir los últimos desayunos en el comedor. La brisa que removía las cortinas de encaje no conseguía despejarle la mente ni aliviarla del calor que se le había propagado por todo el cuerpo al ver a David.

Puso otro pegote de pegamento fundido en la bolsa morada.

—Seguro que me tenías guardado ese comentario desde que te acusé de parecer una bengala cuando estabas furiosa con Vic.

Su hermana había evitado enamorarse con todas sus fuerzas, aun cuando ello significara ser madre soltera, pero, finalmente, el atractivo veterinario, la había conquistado.

Claire agitó en el aire la espátula llena de cobertura de tarta.

—¡Así que tengo razón! —exclamó—. ¡Estás enfadada con un hombre!

—¿No tienes que ocuparte de tu hija? —preguntó Starr, sarcástica.

—La pequeña Libby está apaciblemente dormida —replicó Claire con una mueca de burla.

Starr la creyó. Su hermana lograba que todo en la vida resultara fácil. Era ordenada, tranquila y sosegada. Incluso su cabello rubio y su clásica manera de vestir contribuían a reforzar esa imagen.

Claire jamás vestiría la ropa colorida que Starr compraba en tiendas de segunda mano y que, a su vez, era el reflejo de sus vivas y animadas piezas de arte.

Claire dio una palmadita afectuosa a su bebé. La maternidad le sentaba bien. En ese sentido, era la que mejor había asimilado el estilo de su madre adoptiva.

La tía Libby había sido una excéntrica y maravillosa mujer. Tras perder a su prometido en la guerra de Corea, decidió permanecer soltera y dedicar su vida a la adopción de niñas con dificultades. Un sinnúmero de ellas habían pasado por su casa. La mayoría había vuelto con sus familias después de un tiempo y muchas habían pasado

a otros hogares. Al final, sólo habían quedado ella, Claire y Ashley, que acababa de graduarse en empresariales y en cuyo honor habían organizado la fiesta sorpresa que las ocupaba en aquel momento.

Como su hermana pequeña era tímida y no le gustaban las multitudes, habían optado por una celebración discreta y familiar. Se merecía un reconocimiento a sus esfuerzos; con su habilidad e inteligencia natural, había llevado las cuentas del Beachcombers desde el mismo día de su apertura, dos años atrás.

Starr blandió la pistola de pegamento. Automáticamente, recordó las veces que había visto a David guardar la suya en la funda sobaquera, y un escalofrío le recorrió la espalda.

—De acuerdo —dijo—. Estoy armada y soy temeraria, ¿qué relación tiene eso con los hombres?

Claire imitó el gesto con una manga pastelera que acababa de usar para escribir Enhorabuena en la tarta de Ashley.

—La cantidad de pegamento que estás usando con esas bolsas, sólo puede indicar una cosa.

—¿Qué?

—Que haces con ellas lo que has deseado toda tu vida respecto a David Reis —dijo Claire, dejando a un lado la cobertura de la tarta y mirando a su hermana fijamente—: pegarle los pies al suelo.

—O cerrarle la boca.

Claire sonrió.

—Pero entonces no te gustaría tanto besarlo.

Starr miró a su hermana con reprobación, aunque sabía que tenía razón.

—Eres una mujer malvada.

—¡Pero sincera! —dijo Claire con un guiño—. ¿Hasta cuándo se queda?

—No se lo he preguntado —dijo Starr, que estaba deseando saberlo.

—¿Bromeas?

—Primero estaba su madre y luego temía que aparecieran mis parientes, así que...

Claire le puso una mano en el hombro.

—¿Cómo están?

—Sinceramente, no lo sé —Starr se separó del refugio de su hermana por temor a emocionarse cuando lo que necesitaba era mantenerse firme. Su herencia genética podía arrastrarla hacia un exceso de dramatismo que sacaba a David de sus casillas—. Todavía no lo he averiguado, pero prometo hacerlo cuanto antes. No voy a permitir que interfieran con el negocio.

—No es eso lo que me preocupa, cariño, sino tú —Claire volvió a tomarla del hombro y la obligó a girarse hacia ella—. No quiero que

se aprovechen de ti.

Su hermana tenía razón y saberlo era doloroso. Starr no podía pensar en ninguna otra razón por la que su familia hubiera decidido ir a verla. Abrazó a Claire por la cintura.

—Formamos un equipo, hermana —dijo ésta—, no lo olvides. Si quieres, te acompaño a hablar con ellos.

Starr suspiró hondo al tiempo que se echaba el cabello hacia atrás.

—Gracias, pero soy una chica fuerte; y recuerda que tengo una pistola de pegamento para defenderme —bromeó. Y continuó con las manualidades algo más animada, aunque no pudo ahuyentar todos los fantasmas que poblaban su mente.

David se puso la chaqueta y salió. Tenía que firmar los papeles solicitando unos días de baja para poder dedicarse a su madre y averiguar qué pasaba con la familia de Starr.

Como si la hubiera invocado, vio que Starr, la bella saltimbanqui, bajaba las escaleras de su restaurante en aquel mismo momento. David había planeado tener una conversación con sus padres antes de que se encontraran con ella, pero, evidentemente, no se había vestido lo bastante deprisa.

Era consciente de que debía haber hablado con ella aquella misma mañana, pero había tenido que marcharse antes de que el recuerdo más vívido que tenía de su última visita, cuando Starr se había sentado en la bañera para verlo afeitarse y habían acabado haciendo el amor contra el lavabo, le nublara la mente.

Starr caminó con su característica determinación. El viento le pegaba el vestido al cuerpo, y David reconoció en su actitud la energía y el fuego que era capaz de volcar en sus relaciones sexuales.

Sentían una atracción el uno por el otro a la que ninguno de los dos parecía capaz de resistirse. Por eso era mejor enfrentarse a ella al aire libre que en un lugar cerrado. Sabía que su partida el año anterior le había hecho daño. Pero era ella quien lo había rechazado una vez más. Si lo hubiera seguido, él le habría puesto el mundo a sus pies y habrían hecho el amor en cada uno de sus rincones.

Pero en aquel instante, David tenía obligaciones acuciantes y debía olvidar el sexo. La primera de ellas era echar a la familia de Starr.

—Buenos días, pequeña.

Starr se paró en seco. El viento arremolinó su vestido alrededor de sus piernas y agitó su denso cabello. Hiciera o no aire, en ella todo era movimiento y fuerza, excepto la tenacidad con la que se resistía a acompañarlo en sus viajes.

David vio que encogía los dedos de los pies y sonrió. Era el único gesto que Starr no podía controlar y con el que le indicaba que su presencia la turbaba.

—Buenos días —respondió, y le lanzó una mirada sensual con los

párpados entornados que lo dejó sin aliento—. Veo que vas a trabajar.

Su voz resonó en los oídos de David como una ola rompiendo en la orilla. Era la única mujer que conseguía tener ese efecto en él, la única en la que pensaba constantemente.

—No. Voy a despertar a tu familia.

—Yo también voy hacia allí. Creo que ya se han levantado.

—Estaba pensando en otro tipo de «despertar» —dijo él, interponiéndose en su camino. Estaba decidido a evitar que le hicieran más daño del que ya le habían hecho.

—David, no hace falta que te preocupes —dijo Starr con una sonrisa de tristeza—. Tal y como he quedado con tu madre, voy a decirles que se desplacen a la zona de hierba de la playa.

Para David no era bastante. Quería que se marcharan de las inmediaciones.

—Sería mejor que se fueran.

—Pero no eres tú quien debe decidirlo.

—No puedo creer que quieras que se queden.

—Sé cómo manejarlos —dijo Starr con un gesto de dignidad que David conocía perfectamente, el mismo con el que llegó al vecindario cuando no era más que una niña díscola con el cabello alborotado—. No me causarán ningún problema.

David tuvo que refrenar el impulso de tomarla en sus brazos.

—Yo me ocuparé de que se vayan —insistió—. De hecho, voy a decírselo ahora mismo.

Starr apretó los labios.

—No es necesario. No he pedido tu ayuda.

Starr podía plantarse ante él como si hiera tan sólida como una roca, pero David recordaba a la perfección las veces que había tenido que consolarla tras una de las visitas de aquella gente.

—David —lo llamó Starr, sacándolo de su ensimismamiento—. Echate a un lado.

—No.

—¡Cómo que no! ¿Quién te crees que eres? —Starr lo miró como si tuviera dos ascuas por ojos—. Comprendo que te avergüence su presencia en tu selecto vecindario, pero están en mi propiedad y pienso resolver yo el problema.

David hizo ademán de protestar, pero cerró la boca. Prefería que Starr fuera arisca con él. Si se ablandaba, no podría resistir la tentación de tocarla.

—Podemos discutir todo el día, pero me conoces bien y sabes que cuando he tomado una decisión... —comenzó a decir.

—No cedes —terminó Starr por él—. Te advierto que es una característica muy poco atractiva.

David lo sabía, pero pensaba ser inflexible si ello le servia para

proteger a Starr. Aun así ella era tan testaruda como él, lo cual le dejaba pocas salidas ya que echársela al hombro y llevarla junto a su hermana Claire, la mujer más sensata que conocía, no era una posibilidad que pudiera plantearse seriamente.

Starr dio un paso adelante con las aletas de la nariz dilatadas y una expresión que lo mismo podía servir para obligarle a apartarse como para que perdiera el control y la arrastrara a su cama. Más de una vez habían hecho el amor a medio vestir, con una frenética ansiedad que luego daba lugar a largas sesiones de sensuales juegos eróticos.

Apretó los puños. Tenía el cuerpo en tensión y la respiración entrecortada. De pronto, le sonó el teléfono en el bolsillo. Maldijo entre dientes. Sólo podía ser un asunto de trabajo. Era lo único que lo obsesionaba en la vida. El trabajo y la mujer que tenía ante sí.

Miró la pantalla para ver quién llamaba y decidió que podía esperar.

—Starr, sabes que lo mejor es que se vayan.

—Y tú, que no debes meterte en mi vida —dijo ella con vehemencia.

David pensó en encerrarla en su casa, pero de pronto se dio cuenta de que había otra manera de encarar la situación. Podía usar sus contactos de trabajo para investigar a su familia y conseguir que desaparecieran para siempre de la vida de Starr. Su intuición, afinada por años de experiencia profesional, le decía que había algo extraño en sus idas y venidas, algo que acabaría perjudicando a Starr.

—Está bien, pero no pienso cruzarme de brazos —dijo—. Cuando vuelva, hablaremos de ello. Ten cuidado.

David pulsó el control remoto de su Lexus. Cuanto antes entrara en acción, antes haría averiguaciones sobre la familia Cimino. Que Starr quisiera demostrar su independencia era una cosa, y otra muy distinta que él fuera a consentir que se aprovecharan de ella

Starr se sentó sobre el último escalón de las escaleras del porche de Beachcombers y observó las caravanas de la familia Cimino. Después de haberse peleado con David, necesitaba unos minutos para recomponerse y poder enfrentarse a ellos.

En el comedor del restaurante había una actividad frenética. Ashley trabajaba en la tienda de recuerdos mientras estudiaba. La parte de detrás, que usaban de bar, pronto abriría y exigiría su atención, sobre todo a partir de la hora de la cena, cuando empezaba la actuación en directo de un grupo local.

Así que Starr estaba aprovechando el único momento de calma del que disfrutaría a lo largo del día, mientras observaba las sombras que se movían tras las cortinas de la caravana más grande.

Se le hizo un nudo en el estómago. En los últimos diecisiete años había visto a su familia cinco veces. Aquélla sería la sexta. Y en cada

una de esas visitas habían demostrado la irritación que les causaba que no quisiera volver con ellos: robando la cubertería de plata de la tía Libby, destrozando los tulipanes de la señora Hamilton—Reis, rayando el coche de David...

Sabían bien cómo hacerle daño y disfrutaban humillándola.

¿Qué le esperaba en aquella ocasión? Starr sentía cómo la abandonaba el sosiego que tanto esfuerzo le costaba alcanzar.

La puerta de la caravana se abrió de par en par y en el vano apareció su madre.

Gita había envejecido. Su rostro surcado de arrugas y el cabello con mechones grises, le daban un aire de vulnerabilidad que ablandó a Starr a su pesar. Llevaba el cabello recogido en una coleta y vestía vaqueros y un blusón con flecos que, cuando bajó los escalones, se arremolinaron en torno a su cintura, dándole el aspecto de un colibrí.

—Buenos días, amor.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó Starr.

—Nuestra pequeña, por supuesto —dijo su padre desde lo alto de la escalerilla, desperezándose.

Starr no podía negar su parentesco. Tenía el cabello de su madre y las facciones y a estatura de su padre. Miró por la ventana y vio la habitual colección de billeteros y bolsos; entre otros, uno grande, de cuero, de uno de cuyos bolsillos asomaba un pañal. A Starr se le encogió el corazón al imaginar a la madre, desolada, describiendo a la policía el bolso robado.

Gita y Fredcrick Cimino formaban una pareja perfecta. Los otros dos hermanos Cimino y sus respectivas mujeres tenían sus propios campos de acción. El mayor se especializaba en estafas por Internet. El pequeño, se dedicaba a conseguir acuerdos extrajudiciales por pequeñas denuncias, como resbalar en la vía pública o romperse un diente en un restaurante. Starr había formado parte de su equipo porque un niño lesionado siempre despertaba mayor compasión que un adulto.

¿Podía extrañarle a alguien que, con sólo diez años estuviera exhausta, y se hubiera aferrado a la mano de la trabajadora social que la llevó a casa de la tía Libby?

—¿No vas a saludar, Starr? —preguntó su madre, cruzando la distancia que las separaba—. ¿No das un abrazo a tu madre?

—Si eso es lo que quieres... —dijo Starr con indiferencia.

Su madre vaciló y puso los brazos en jarras.

—Veo que sigues resentida.

Starr se mordió la lengua. No le parecía tan raro sentir rencor hacia una mujer que casi la había matado al olvidarse de ella dentro de un coche bajo un calor insoportable.

Mientras Frederick optaba por ir a dar un paseo por la playa, Gita

fue hasta el Beachcombers lentamente. Con cada paso que daba, aumentaba la tensión de Starr. Afortunadamente, en lugar de forzar una falsa escena de amor maternal, Gita se limitó a sentarse a su lado, lo que mitigó levemente la ira de Starr.

En cualquier caso, tenía que averiguar cuáles eran sus intenciones y eso la obligaba a charlar. Tenía que resolver la situación antes de que David volviera.

—¿A qué hora llegasteis?

—Sobre las tres de la madrugada.

—Debéis tener buenos silenciadores. No os he oído.

—Tu tío Benny compró unos muy baratos por Internet —Gita acarició una piedra decorada con caracolas marinas y, por el brillo de sus ojos, Starr tuvo claro dónde tendría que buscarla en caso de que desapareciera.

—Debía haberlo imaginado. Siempre ha tenido muy buen ojo para las gangas —a los nueve años, le acompañaba a vender viejas enciclopedias que llevaban más de una década retiradas del mercado.

Gita sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—¿Cómo ibas a adivinarlo si llevas tanto tiempo alejada de la familia?

Si su madre pretendía hacerle sentir culpable, no iba a conseguirlo. Starr se irguió. Necesitaba recuperar la determinación que había mostrado ante David y cumplir la promesa que se había hecho a sí misma de no perder el control de su vida.

—Mamá, vais a tener que aparcar las caravanas en la playa para que no se vean desde la carretera.

—Tienes razón —dijo su madre, sorprendentemente comprensiva —. Da mala imagen al negocio.

Starr no salía de su asombro. Le costaba creer que fuera a ser tan sencillo.

—No quiero ofenderte —sacó un papel del bolsillo—. He escrito una lista de campings próximos donde estaréis muy cómodos.

Apretó el papel mientras rezaba para que su madre lo tomara y aceptara la sugerencia.

—Nena, no me siento ofendida. Nos trasladaremos a la playa. No necesitamos las comodidades de un camping. Ya verás, en menos de lo que imaginas habremos atraído más veraneantes de los que puedas imaginar.

—Escucha, mamá, no podéis...

—Calla y escucha —Gita le pasó el brazo por el hombro y la atrajo hacia así—. Sabemos interpretar nuestro papel muy bien. Hasta puede que te consigamos clientes para la tienda de regalos. Ya verás.

Starr se tensó, pero, mecánicamente, rodeó la cintura de su madre. Estaba incumpliendo la promesa que le había hecho a David de

mantenerse fuerte. El plan de su madre no le convencía en absoluto. Quería que se marchasen antes de que empezaran a crear problemas en el pueblo con sus timos y sus estafas. Su presencia le hacía recordar un pasado que odiaba y que prefería olvidar.

Starr no comprendía cómo la conversación había derivado hacia la oferta de ayuda por parte de su madre cuando su intención inicial era echarlos, pero tenía la certeza de que acababa de abrir una puerta al dolor, y que ya no dependía de ella poder volver a cerrarla.

Capítulo 3

Starr estaba en la puerta de la caravana de sus padres con unas bolsas llenas de alitas de pollo para que cenaran y molestaran lo menos posible.

Su tía Essie, la mujer del tío Benny, colocaba los paquetes junto al fregadero.

—Pasa y cena con nosotros —dijo, en el falso acento de Boston con el que pretendía hacer creer que pertenecía a la rama pobre de la familia Kennedy—. Nos encantaría oír hablar de tu negocio.

—Gracias, pero ya he cenado —Starr bajó un peldaño y, de pronto, se encontró en el aire.

Un hombre con un brazo musculoso y olor a brisa de mar y a jabón caro la había tomado por la cintura y la había levantado del suelo. Un hombre en particular.

Apretándola contra sí, le susurró por detrás al oído:

—Buenas noches, señora —y con un gesto de la cabeza saludó a los espectadores de la caravana—. Starr tiene otros planes para esta noche.

Y sin esperar respuesta, dio media vuelta y se encaminó hacia la playa a grandes zancadas.

—¿Te importaría decirme dónde me llevas? —protestó Starr, revolviéndose. David la asió con fuerza y la cargó sobre su hombro—. Esto no tiene ninguna gracia.

O quizá sí, pero Starr no estaba dispuesta a mostrarse interesada. Para no parecer demasiado dócil, se puso a patalear en el aire. Una patada alcanzó a David y Starr sonrió al oírle gritar de dolor.

—David, bájame.

—No —replicó él, sin detenerse.

Starr apretó los dientes al ver en la distancia a su familia, presenciando la escena por las ventanas de la caravana.

—Así no vas a conquistarme —aquella demostración de fuerza bruta la hubiera indignado de haber estado lúcida, pero sus hormonas la traicionaban en cuanto estaba cerca de David y le impedían reaccionar.

—¿Quién ha dicho que quiera conquistarte? —dijo él, sin perder el paso.

Ese fue un golpe al ego de Starr que detuvo momentáneamente su pataleo.

—¿Piensas decirme dónde vamos y por qué estás haciendo esto?

—En seguida.

Como siempre, era él quien marcaba los tiempos, quien exigía o todo o nada. Si tenía suerte, como mucho podría tirarlo al agua romo venganza por su estúpido comportamiento. Pero también había otras

posibilidades, y Starr empezaba a sentirse excitada al recordar que, en otras ocasiones, David había cargado con ella como lo hacía en aquel instante para acabar echándola sobre la cama o sobre la arena de la playa y, a continuación, conseguir que lo perdonara dedicando una apasionada atención a cada centímetro de su cuerpo.

Los pasos de David resonaron sobre el muelle abandonado que había en la parte de atrás de su casa y Starr dedujo que aquél era el lugar que había elegido para hablar con ella.

A solas.

Al menos podría tirarse al agua si es que no le gustaba el rumbo que tomaba la conversación.

David la dejó en el suelo con sensual lentitud y la atrapó contra la barandilla, apoyando sus dos manos a ambos lados del cuerpo de Starr. Ella observó que tenía los pantalones tan bien planchados como por la mañana y que en la camisa sólo había unas pequeñas arrugas que había dejado su cuerpo. Resbaló la mirada por sus musculosos brazos cubiertos de vello oscuro, y en cuanto notó un cosquilleo en la boca del estómago, se dijo que debía mirar a otra parte.

Al alzar la vista y descubrir que David fruncía el ceño, tuvo la tentación de besarlo para borrar la preocupación de su rostro, pero de pronto recordó que estaba enfadada con él. Siempre le costaba recordarlo.

Se mordió los labios para guardarse las palabras y los besos. El había empezado aquello y no estaba dispuesta a suplicarle que le explicara qué pretendía. Ya le había suplicado demasiadas veces a lo largo de su vida. Sobre todo en la cama.

Las pupilas de David se dilataron y Starr sospechó que le había leído el pensamiento. ¿Sería tan buen interrogador en su trabajo? ¿Nunca podría guardar secretos para él? David parpadeó y la tomó por la nuca.

—Starr, nena, creía que ya lo habíamos discutido esta mañana. Tienes que alejarte de ellos.

Starr tenía un montón de respuestas lógicas que darle, incluida la de que no era asunto suyo, pero en cuanto David la tocaba, se le nublaban las ideas.

—Les he dicho que fueran a un camping —balbuceó—, y se han negado. A no ser que llame a la policía, no sé qué más puedo hacer.

—Pues llama a la policía —David empezó a dibujar círculos en la nuca de Starr que la aletargaron—. O échalos.

Starr se mordió el labio. Debía decirle a David que parara, que le quitara la mano de encima, pero sus caricias eran tan placenteras..., y siempre le había resultado tan dificil resistirse a que la tocara...

Por eso mismo debía impedirlo. Inmediatamente. Sujetó la muñeca de David.

—Para —ordenó, mirándolo fijamente. David le sostuvo la mirada hasta que, finalmente, dejó caer el brazo a lo largo del cuerpo.

Starr respiró hondo y él se aflojó el nudo de la corbata como si se ahogara.

—Maldita sea, Starr, roban a la gente y se aprovechan de los débiles. Sabes que intentarán aprovecharse de ti.

—Pero yo soy demasiado fuerte como para que lo consigan —y era cierto, gracias a la tía Libby, que había aprendido a defenderse y a valorarse —. Se quedarán unos días, pero en cuanto se den cuenta de que no tengo dinero, se marcharán, como siempre.

David entrecerró los ojos.

—Yo podría acelerar el proceso.

Y ella podría con la misma facilidad dejar que él resolviera sus problemas, pero no debía consentirlo.

—No es que desconfie de tus colegas de profesión, pero ¿no crees que llevan años fracasando en el intento? Sabes que, al final, siempre salen libres de todas las acusaciones.

Respecto a ella, ésa era una verdad a medias. En una ocasión la policía había podido con ellos. El verano en el que habían encontrado a una niña de diez años encerrada en un coche mientras sus padres recolectaban dinero para una campaña de caridad falsa. Hacía tanto calor que la niña había estado a punto de morir de una insolación. Cinco días más tarde, los servicios sociales de Charleston habían ido a visitarla al hospital para anunciarle que, al recibir el alta, acudiría a la casa de acogida de la tía Libby.

Inicialmente, desconfió de la tía Libby porque le costaba creer que alguien pudiera ser tan amable como ella, pero poco a poco, con su maternal magia, la tía había logrado borrar los años de abandono y abuso al que había sido sometida y su corazón comenzó a cicatrizar. Entonces empezó a sentir un nuevo miedo: el de que su familia la reclamara.

Afortunadamente, la tía Libby siempre supo cómo tratarlos cuando las visitaban con exigencias de uno u otro tipo. De hecho, Starr creía estar siguiendo su modelo al no dar mayor importancia a su presencia.

—¿Starr? —David chasqueó los dedos con impaciencia delante de su cara.

—¿Qué, David? Di lo que tengas que decir. Debo ir a trabajar —en realidad estaba pensando en la fiesta de Ashley, que empezaría en menos de media hora.

—¿Alguna vez he investigado yo a tu familia?

—¿Qué quieres decir?

—¿Me ha informado alguien de sus actividades delictivas más recientes? —preguntó David, golpeándose el pecho.

—Supongo que no —Starr sabía que David era excepcionalmente

bueno en su trabajo. Ya se ocupaba de recordárselo su madre siempre que podía. Ya que no había querido que estuvieran juntos, parecía disfrutar torturándola con las hazañas de su hijo, por si no era consciente del gran partido que se le había escapado.

Lo que la señora Hamilton no sabía era que cada vez que le hablaba de los viajes de David, Starr se reafirmaba en su decisión. Su vínculo con la casa de la tía Libby, con aquella ciudad, con sus hermanas, era mucho más profttndo de lo que David podía llegar a comprender.

—David, sabes que, desde que no estoy con ellos, no me cuentan nada de lo que hacen, pero aun cuando conociera sus planes, sabes que son muy escurridizos.

—Nadie escapa a mis garras.

La seguridad que tenía en sí mismo era envidiable.

—¿Será porque tienes un ego tan gran que bloquea todas las salidas? —bromeó Starr.

David no pudo evitar sonreírse. La capacidad de no tomarse demasiado en serio era una de sus características más atractivas. Junto con aquellos labios llenos y sensuales que Starr encontraba irresistibles.

—Eres la única mujer que no soporta que alardee de mis habilidades.

David posó una vez más la mano en la nuca de Starr y la deslizó por su espalda hasta detenerla en su cintura. Luego, la atrajo hacia sí en un suave pero decidido movimiento hasta que sus cuerpos quedaron en contacto. Starr sintió de inmediato que la atravesaba una familiar corriente eléctrica, al tiempo que su cabeza le decía que le diera un pisotón y lo empujara. Como si le leyera el pensamiento, David puso la punta de sus zapatos delicadamente sobre los dedos.

—Puede que seas la única mujer ante la que no puedo pavonearme, pero también eres la única que no consigo olvidar.

Starr lo maldijo para sus adentros por saber decir siempre las palabras adecuadas para desarmarla. David apartó los pies para que pudiera ponerse de puntillas cuando la besara, porque Starr sabía que eso era lo que iba a hacer... Pero ella no le dejaría. Se resistiría con todas sus fuerzas.

Apoyó las manos en los hombros de David para impedir que se acercara a ella.

—Tengo que irme —balbuceó con la respiración entrecortada—. Hemos organizado una fiesta sorpresa para celebrar la graduación de Ashley.

David mantuvo el abrazo y apoyó la barbilla en la cabeza de Starr.

—¡Parece mentira que sea tan mayor...!

—Han pasado muchos años desde que tú y yo no estamos juntos.

Años durante los cuales David se había vuelto un hombre fuerte y musculoso y ella se había afianzado en sus decisiones, aunque en aquel momento no fuera capaz de apartarse de él. Ya que había logrado evitar que la besara, qué mal había en permanecer en sus brazos unos segundos más…

—Un año.

Ella tenía en mente la relación que habían vivido durante su adolescencia.

—Lo de hace un año no cuenta. Sólo fue.., sexo —dijo. Y calló: «apasionado e inolvidable».

Estaba siendo injusta al resumir en una sola palabra un fin de semana que la había transportado al cielo durante los días subsiguientes, pero tenía que defenderse de sus propios sentimientos. Y de David.

—¿Qué insinúas?

—Que es lo único que tenemos en común —dijo ella, consciente de que mentía. Habían compartido numerosos sueños, aunque la vida hubiera acabado llevándolos por caminos divergentes. Aun así, romper con él era siempre igualmente doloroso—. Voy a ser sincera contigo: me hiciste mucho daño. Y para serte sincera, entre tú y la pandilla que va en esas caravanas, he cubierto mi cuota de dolor para el resto de mi vida.

Necesitaba que David se separara de ella para poder respirar y, al mismo tiempo, una parte de sí anhelaba permanecer en contacto con él, razón más que suficiente para que aquella escena llegara a su fin inmediatamente.

—Está bien, pequeña, aunque no me gusta que me metas en el mismo saco que a una panda de delincuentes, sé a lo que te refieres —dijo él, posando las manos sobre los hombros de Starr.

Ella tomó aire.

—Si es así, te ruego que mientras estés aquí cuidando de tu madre, te mantengas alejado de mí —inclinó la barbilla hacia las manos de David—. No quiero que repitamos errores del pasado.

A Starr le estaba resultando muy doloroso decir aquellas palabras en el mismo escenario en el que habían hecho el amor más de una vez, bajo un edredón que David solía robar de su casa.

El levantó las manos y dio un paso atrás.

—De acuerdo. No repetiremos errores del pasado.

Starr se abrazó por la cintura para reprimir un escalofrío que la temperatura primaveral nojustificaba y vio alejarse a David cabizbajo. A continuación, contempló el paisaje por un instante y se preparó para volver a una realidad en la que él había dejado de existir.

Una luz de alarma se encendió súbitamente en su cerebro. David había accedido a evitar errores pasados, pero en ningún momento

había prometido desaparecer de su vida.

David estaba enfadado.

Permanecía en el exterior del bar Beachcombers, donde tenía lugar la fiesta de Ashley, y observaba la celebración mientras asía con fuerza el regalo que había comprado a la homenajeada. No podía dejar de pensar en la conversación que había mantenido con Starr.

¿Cómo era capaz de referirse a lo suyo como «sólo sexo»? Quizá él pecara de arrogante, pero... ¿Quizá? Podía oír la risa grave de Starr en los oídos.

De acuerdo. Tenía un ego bien alimentado. Su trabajo exigía una alta autoestima, debía creer en sus juicios y actuar sin titubeos. Una vacilación podía costarle la vida a él o, lo que era aún más grave, a terceras personas.

Pero, volviendo al tema que lo perturbaba, se negaba a admitir que lo que había entre él y Starr fuera «sólo sexo». De ser así, habrían encontrado la manera de ser «sólo amigos» hacía años. Y él no hubiera tenido que alquilar una casa en Charleston para evitar encontrarse con ella cada vez que estaba de paso.

Era verdad que sus misiones le llevaban a viajar por el mundo, pero también era cierto que pasaba más tiempo en Charleston de lo que ella creía. Y si la evitaba era porque sabía que cuanto más se vieran, más probabilidades había de que Starr sufriera.

¿Por qué no la habría conquistado ya algún tipo listo que mereciera la pena? Un tipo al que David odiaba de antemano con cada fibra de su cuerpo. Sólo pensarlo le hervía la sangre. Como en aquel mismo instante en el que tuvo que contenerse para no entrar y reclamarla como suya. Si no lo hacía era porque no era el hombre adecuado para ella. Starr lo había dejado bien claro. Eso no significaba que pudiera soportar la idea de que fuera de otro.

Tampoco tenía sentido que, si pretendía evitarla, estuviera fuera de su bar con un regalo para Ashley. Pero tan poderoso como su deseo de no hacerle daño era la obligación de protegerla de su mafiosa fumilia. Lanzó una mirada en la dirección de las caravanas y vio que estaban iluminadas. Luego, volvió a mirar hacia el interior del bar y comprobó que no habría más de cincuenta personas, una mezcla de estudiantes universitarios, algunos cadetes y varios amigos de Claire y Starr, la mayoría procedentes de la base de las fuerzas áreas en Charleston.

Recorrió el local con la mirada hasta que encontró a Ashley junto a una tarta de fresas que Starr debía haber hecho especialmente para su hermana pequeña pues ella prefería las de chocolate. David sintió rabia al darse cuenta de que conocía miles de detalles de Starr y que su cerebro estaba plagado de pequeñas anécdotas como ésa.

Se encaminó por el perímetro de la sala hacia la invitada de honor, que parecía más cómoda saludando a sus amigos de uno en uno que

en grupo.

Alta y delgada, se apoyaba en un pilar con su cabello recogido en una coleta alta de la que David tiró como habría hecho con una hermana pequeña.

—Hola, hermana menor. Hoy te toca ser la reina de la fiesta.

—Como sabes, yo hubiera preferido ir a cenar tranquilamente con mis dos hermanas, pero ya las conoces...

—Mandonas y testarudas. Has sido muy buena aceptando el plan.

—Las adoro.

David sabía que su madre se hubiera escandalizado si llegaba a saber que siempre había envidiado aquella casa llena de chicas desarrapadas que mantenían estrechos vínculos de camaradería. Con los años, su tendencia a la soledad lo había convertido en un gran agente, pero de pequeño, desde su ventana, no era más que un melancólico observador de la alegría ajena.

Sólo una mujer había osado cruzar la línea trazada por su madre entre las dos casas para ir a saludarlo. Starr no temía a nadie.

Por eso mismo David no llegaba a comprender por qué no echaba a aquella gente que formaba parte de un pasado que había dejado atrás hacía años. ¿Qué poder tenían sobre ella?

Aquél no era el momento de encontrar una explicación. Tenía que dejar de pensar en Starr. Era la noche de Ashley.

Empezó a felicitarla por sus éxitos académicos, pero alguien lo interrumpió y se la llevó a saludar a otros amigos que querían darle la enhorabuena, así que David dejó el regalo sobre la mesa y volvió hacia la puerta para seguir participando en la fiesta como un mero observador.

Allí se topó con dos hombres corpulentos y rubios. Uno de ellos, VicJansen, con camisa de franela y vaqueros, era el veterinario que el año antenor se había casado con Claire. En cuanto lo vio, David se dijo que le iría bien contar con un hombre tan fuerte como él en caso de que necesitara de su ayuda. Había llegado el momento de pensar en equipo y no como un lobo solitario, un hábito que había adquirido al ser hijo único.

—Buenas noches. Siento no haber venido a saludaros desde mi llegada.

—No te preocupes. Entre el trabajo y el bebé, tampoco yo tengo tiempo para las relaciones sociales —Vic señaló al gigante rubio que estaba a su lado—. Te presento a mi primo Seth Cansen. Hemos conseguido convencerlo de que se mude cerca de la familia. Ha comprado el pequeño aeropuerto que hay a unos veinte kilómetros de aquí.

—¿De verdad? —el comentario despertó la curiosidad de David—. No sabía que estuviera a la venta.

—No lo estaba. He cerrado el trato hace un mes —explicó Seth.

—Bienvenido. ¿Vas a alojarte en una de las habitaciones de Beachcombers?

Lo quisiera o no, los celos lo acechaban desde todos los frentes. David esperó la respuesta en vilo.

—Sí, hasta que acabe la casa que estoy construyendo cerca del aeropuerto.

Vic metió las manos en los bolsillos.

—Tengo que admitir que me alegro de que haya un par de ojos extra ahora que tenemos visitantes aparcados ahí fuera. Seth y yo estamos turnándonos para que siempre esté uno de los dos cerca de la casa, cuidando de las mujeres.

David se dijo que debía aparcar su libido y aceptar las buenas intenciones de los chicos. Era tranquilizador tener a Vic a mano, y era lógico que para él la seguridad de su mujer y su bebé fueran lo primero. Contando con Seth, las probabilidades de mantener a Starr a salvo se incrementaban exponencialmente. Y, puesto que Ashley había vuelto de la universidad, había una tercera mujer a la que proteger.

Los Cimino tendrían que marcharse lo antes posible. Ya había puesto en marcha la investigación. Sólo le quedaba crear una red de seguridad cerca de las tres mujeres y aquellos dos hombres podían resultarle muy valiosos.

Capítulo 4

Starr pasó el trapo por la barra por enésima vez. El local había quedado inmaculado después de la fiesta de Ashley.

Vic y Claire habían subido al segundo piso con Libby. A Claire le había costado mucho dejar caer sus barreras y entregarse al amor. Y el pobre Vic había perdido una hija en un accidente. Su primera mujer, considerándolo culpable, se había divorciado de él. Vic era un hombre maravilloso que merecía ser feliz.

¿Y Seth? Nadie podía negar que hiera atractivo. Sin embargo, y a pesar de que se alojaba en el tercer piso, para Starr no constituía ninguna tentación. Nunca le habían gustado los hombres corpulentos. Ni los pelirrojos. Ni siquiera los morenos. En realidad sólo había un hombre que le interesara, un hombre con el cabello negro y un ego descomunal.

Starr apoyó una cadera en la barra y miró por la ventana hacia el muelle, donde podía ver recortada la silueta de David, mirando al horizonte.

A menudo le había dicho que el agua lo ayudaba a reflexionar y a solucionar problemas. El agua lo atraía. Había navegado en regatas de competición tanto en Estados Unidos como en Europa, pero su verdadera pasión, a la que su madre no le había dejado dedicarse profesionalmente porque lo consideraba un deporte demasiado plebeyo, era el fútbol.

Para no enfrentarse a ella, David había ido a la universidad con una beca mixta para cursar estudios y practicar deporte, y había acabado eligiendo una profesión al servicio público, también en contra de la opinión de su madre.

Al cumplir veintiún años, tal y como había dejado estipulado su padre en su testamento y ante el horror de su madre, heredó la casa y la mitad de su fortuna, y ya no tuvo que rendir cuentas a nadie.

Starr apretó el trapo y se llevó el puño al pecho. No podía negarlo: aquel complejo hombre la subyugaba.

Su mirada vagó hacia ulla cesta llena de regalos para Ashley, encima de los cuales destacaba la mochila ergonómica rosa que David le había comprado. Sólo alguien tan considerado como él habría tenido en cuenta sus problemas de espalda y se habría molestado en buscar el modelo adecuado. Sólo un hombre muy seguro de su masculinidad elegiría un objeto rosa sabiendo que era el color favorito de Ashley.

Y para Starr, que se hubiera tomado esa molestia significaba más que si le hubiera regalado una ostentosa joya. Así que merecía que fuera a darle las gracias.

Dejó el trapo en el fregadero y cruzó el jardín hacia el muelle.

Mecánicamente, se quitó la goma del pelo y sacudió la cabeza para que sus rizos se soltaran, mientras se repetía que lo hacía para librarse de la tensión que sentía en las sienes, y no porque supiera que David la prefería con el cabello suelto. Por otro lado, se dijo, tampoco había nada malo en ceder un poco a la vanidad cuando se iba a hablar con un antiguo novio.

Con cada paso que la acercaba a David se le apretaba el nudo que sentía en el estómago. Era la misma sensación que años atrás, cuando esperaba de madrugada en su ventana a verlo salir de su casa y a que le hiciera una seña para que se reuniera con él. Enseguida paseaban juntos por la playa, compartiendo sueños y besos.

Sabía que no debía anhelar tanto mantener una simple conversación con él, pero lo cierto era que no podía dominar sus emociones.

Se detuvo al llegar a su lado.

—Todavía estás aquí —comentó. David se volvió y apoyó los codos en la barandilla—. Podría haber sido un merodeador al acecho.

David había dejado la chaqueta sobre la barandilla. Su camisa blanca destacaba en la oscuridad, la corbata asomaba por el bolsillo de la chaqueta y se había desabrochado la camisa. El final del cuello quedaba a la vista y Starr pensó cuánto le gustaría besarle aquel trozo de piel.

David pestañeó lenta y sensualmente.

—Deberías tener más cuidado. No me gusta que te quedes sola a la hora del cierre.

—No estoy sola —dijo Starr, por decir algo. Su cuerpo vibraba como si hubiera entrado en un

campo magnético, su cerebro sólo era capaz de registrar la postura de David, la forma en la que su pecho se movía al ritmo de su respiración, sus pupilas dilatadas en la oscuridad—. Vic y Seth están arriba. Bastaría un grito para que acudieran.

—¿Y Vic te acompaña a tu casa cuando acabas?

—David hizo una pausa antes de girarse hacia ella en actitud posesiva y añadir—: ¿O lo hace ese tipo..., Seth?

A Starr le costaba creer que estuviera celoso, pero ¿a qué otro sentimiento podía deherse su actitud?

—En primer lugar, no necesito que me proteja ningún hombre. En segundo lugar, sólo estoy paseando por mi jardín. Y, por último...

—Tienes un bar y eres muy guapa. ¿Y si algún borracho...?

—Tengo un spray antivioladores y he hecho un curso de defensa personal.

¿Era su imaginación o David acababa de decirle un piropo? Starr sonrió con satisfacción antes de continuar:

—Te agradezco que te preocupes por mí, pero ¿cuántas veces voy a

tener que decirte que soy una mujer adulta capaz de cuidar de mí misma?

—Qué delicada manera de decirme que te deje en paz —dijo David, con una media sonrisa maliciosa que Starr adoraba.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has pensado —David se puso súbitamente serio —¿Llevas contigo el spray?

—No. Lo he olvidado porque, por tu culpa, estoy distraída. ¿Satisfecho? —no aguantaba que adoptara aquel tono autoritario—. Escucha, no quiero seguir discutiendo contigo. Lo queramos o no, vamos a seguir viéndonos el resto de nuestras vidas. ¿No podemos mantener una relación amistosa sin que acabemos en la cama cada vez que coincidimos?

David guardó un silencio que llenaron las olas golpeando contra los postes del muelle. A continuación, alargó el brazo, la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—No estoy seguro —dijo, apoyando la barbilla en la cabeza de Starr.

Ella, como tantas otras veces, intentó atribuir a la familiaridad de una infancia compartida la perfección con la que sus dos cuerpos encajaban y la naturalidad con la que se relacionaban fisicamente. Cada vez que se veían, Starr se juraba que la siguiente sería distinta, que mantendría las distancias, pero siempre volvían a los comportamientos conocidos, buscándose instintivamente, como dos imanes que no pudieran romper la atracción que los obligaba ajuntarse.

Se mantuvo erguida. David tenía los brazos alrededor de su cintura y Starr podía sentir que aspiraba el aroma de su cabello en un acto instintivo, primario.

—Has sido muy considerado trayendo un regalo a Ashley:

—Tú me enseñaste que los regalos exigen pensar cuidadosamente en la persona que va a recibirlo —un recuerdo hizo sonreír a David—. Nunca hubiera imaginado que alguien me tiraría rosas a la cara.

Starr se inclinó hacia atrás para mirarlo a la cara y, sin darse cuenta, entrelazó los brazos alrededor de su cintura.

—Yo no te tiré las rosas a la cara.

—No, hiciste algo peor —continuó él, más divertido que enfadado —. Se las mandaste a mi madre con una tarjeta que decía: De un admirador secreto. Casi la matas del susto. Pensó que se trataba de un acosador.

Starr recordó con él:

—Al menos así conseguiste el pastor alemán que tanto querías.

—Gunter era un perro fantástico —David hizo una pausa cargada de emotividad que tomó a Starr de sorpresa. Luego añadió—: Después

lo intenté con una caja de bombones que me costaron la paga de un mes, porque, al contrario de lo que todo el mundo pensaba, mi madre apenas me daba dinero.

Starr lo miró sorprendida y se sintió culpable de haber compartido aquellos bombones con toda su clase como si fueran vulgares caramelos. Afortunadamente, desde ese momento David había prestado más atención y había descubierto cuánto le gustaba pintar. Con unos tubos de pintura en un paquete que imitaba a un ramo de flores había dado finalmente en el clavo. Yse había ganado un apasionado beso en la oscuridad.

¿Cómo podía ser tan primitivo y tan considerado a un tiempo? Starr sabía que ésa era la misma contradicción que le había hecho acabar en su cama muchas más veces de las convenientes.

Y por eso mismo debía marcharse lo antes posible, antes de que David pudiera oír su corazón golpeando su pecho como si quisiera escapar. También el pecho de David parecía agitado. Y saber que él la deseaba tanto como ella, sólo aumentaba la tortura.

—Se acabó, David. Sólo he venido a darte las gracias. Es tarde y debo acostarme. Espero que tu madre mejore.

—Gracias. Buenas noches —David dio a un botón para apagar las luces del muelle.

Starr sabía que debía moverse antes de que David decidiera darle un beso de despedida. De hecho, en lugar de aflojar los brazos, la estrechó con más fuerza, presionándole la espalda hasta que sus pechos entraron en contacto. Como siempre, la maestría de sus manos despertaba cada poro de su piel, haciéndole desear más, despertando en ella el impulso de suplicarle que continuara...

Instintivamente, Starr subió las manos por la espalda de David. El fino algodón de su camisa no impedía que el calor de su piel la traspasara y le produjera un cosquilleo en los dedos. Y Starr sólo podía pensar en hacer desaparecer esa barrera. Pero ésa era una idea completamente descabellada a la que no debía hacer caso.

O sí. Qué mal había en sentir los fuertes pectorales de David por un instante y guardar el recuerdo para futuros sueños. Llevó las manos hacia delante y le desabrochó la camisa con dedos diestros. En unos segundos sentía la piel de David y los músculos de éste se contraían bajo su exploración.

Mientras, él deslizó la mano por la pierna de Starr con una deliciosa lentitud hasta alcanzar el borde de su falda, meterse por debajo y asirle las nalgas con tanta firmeza que los pies de Starr abandonaron el suelo. Starr no se resistió. Al contrario. Su cuerpo buscó entrar en contacto con cada centímetro del de David mientras se besaban apasionadamente. Todo su cuerpo ardía en deseo. Sabía lo ftcil que le resultaría entrelazar las piernas en la cintura de David, tal

y como había hecho infinidad de veces. Y antes de darle tiempo a reflexionar, su cuerpo actuó por voluntad propia y se encontró en la familiar y dulce postura.

Con un leve gesto de la mano podría bajar la bragueta de David y liberar el sexo endurecido que le presionaba el vientre. Ella llevaba tanga y no sería dificil apartarlo para que él pudiera acomodarse en su interior.

Pero no lo haría, aunque sólo pensar en ello la dejaba húmeda y palpitante, ansiosa porque David le proporcionara el alivio que necesitaba y que hacía tanto que no tenía. No tenía sentido negarlo: necesitaba aquella liberación. Necesitabaa David.

Un gemido que prácticamente era una súplica escapó de su garganta.

¿Una súplica?

Esa palabra la devolvió al presente. Se había jurado que ningún hombre, especialmente David, tendrían poder sobre ella. Había crecido a merced de sus padres y había aprendido que debía mantener siempre el control sobre su vida.

A su pesar, bajó lentamente las piernas y apoyó los pies en el suelo. En el mismo movimiento, separó sus labios de los de David, aunque en ellos quedó su sabor y su fuego. Con manos temblorosas se alisó la falda sin dejar de preguntarse por qué algo tan maravilloso podía ser tan peligroso. Sabía a la perfección que estar con David sólo podía acabar en sufrimiento. Nada cambiaría ese hecho. Nada. Y ser consciente de ello le daba ganas de llorar.

Dio un paso atrás.

—Gracias por haber venido a la fiesta y gracias por preocuparte por mis padres. Se te da bien cuidar de la gente. Eres un buen hombre, pero no tienes de qué preocuparte. Mis dos hermanas y yo sabemos cuidar de nosotras mismas. Sé que lidiar con mis padres puede resultar dificil, pero tengo que hacerlo yo sola. Tú no vas a estar siempre aquí para protegerme, así que sería un error depender de ti.

David permaneció en silencio mientras, como ella, intentaba recuperar el ritmo de la respiración. Finalmente, Starr continuó:

—Sabes que tengo razón —dijo con la tristeza de saber que, en el fondo, anhelaba que David la contradijera. Retrocedió otro paso, aunque ello no la libró del calor que David conseguía hacerle sentir con sólo mirarla—. Adiós, David.

Dos horas después, David, que no lograba dejar de pensar en las últimas palabras de Starr, se apoyó en la barandilla de su porche con un whisky en la mano.

La luna proyectaba una estela de luz sobre el mar, la misma que tantas veces había contemplado en su adolescencia y que se había convertido en el símbolo de su partida. Pero en sus planes, siempre se

marchaba acompañado.

Miró hacia la casa de Starr. No había luces. Debía de haberse dormido. Estaría en la cama. Desnuda. La peor imagen que su cerebro podía invocar si quería mantener la cordura.

Se rascó la oreja como si con ello pudiera borrar los pensamientos que acompañaban a esa imagen.

En cualquier caso, y dijera Starr lo que dijera, su obligación era investigar las razones de la nueva visita de los Cimino y conseguir que se fueran lo antes posible. En cuanto se asegurara de que Starr estaba a salvo, podría retomar su vida normal. En dos semanas tenía que cumplir una misión en Turquía.

Era una lástima que Starr se negara a viajar cuan— do David estaba seguro de que el colorido de los tapices que vería en cualquier casa o mercado la inspirarían como artista.

Ya ni siquiera el transporte sería un problema. Durante su charla con losJansen había averiguado que Seth era un piloto que se había hecho millonario al patentar un sistema de seguridad para los aviones durante el despegue y el aterrizaje. Había comprado el aeropuerto con su socio, un oficial de las fuerzas especiales retirado, Rick DeMassi, para establecer un servicio de rescate y salvamento.

David tuvo una súbita idea. Estaba enfocando la seguridad de Starr desde un punto de vista equivocado. Si lo fundamental era mantenerla alejada de su familia, y si ésta se quedaba más de lo conveniente, ¿por qué no conseguir que Starr le acompañara en un viaje? Aunque sabía que tendría que persuadirla y que quizá no sería sencillo, estaba seguro de lograr convencerla si insistía lo suficiente con los argumentos adecuados. Era una idea perft cta: él y Starr estarían fuera de la ciudad mientras su oficina investigaba a la familia Cimino.

Ya había quedado con una enkrmera para que atendiera a su madre. Sabía que Claire sería su mejor aliada para convencer a Starr de que se tomara unos días libres.

Sólo le quedaba pensar en un destino que resultara lo bastante tentador como para que Starr no pudiera negarse.

Y estaba seguro de poder pensar en el destino perfecto para la sensual bomba de relojería que llevaba años esquivándolo.

Capítulo 5

Starr se repitió una vez más que no tenía de qué preocuparse.

Estaba detrás del mostrador, de rodillas, sacando una pila de camisetas pintadas a mano para reponer las que se habían vendido el día anterior, y se esforzaba por recuperar parte de su optimismo. El día anterior se había resistido a David y por primera vez en su vida no había acabado en su cama. Por fin podría dejarlo en el pasado y pensar en el futuro. Igual que a la familia Cimino.

Se dejó caer sobre los talones bruscamente y apoyó las camisetas en los muslos. Era injusto considerar por igual a David y a su familia cuando de ésta no podía decir nada positivo mientras que con David había compartido grandes momentos, quizá los mejores de su vida. Era injusto no valorarlo cuando era la persona que le había hecho sentirse especial a una edad en la que se consideraba una ciudadana de segunda categoría.

Además, debía agradecerle que la hubiera animado a emprender la aventura de montar un negocio y a presentar el proyecto a sus hermanas cuando, al morir la tía Libby, descubrieron que habían heredado la casa. ¿Quién hubiera dicho que tres chicas sin capital convertirían una vieja mansión en un restaurante de éxito? El negocio mejoraba día a día. Había un tráfico constante de clientes desde la hora del desayuno hasta la de la cena. En sólo dos años habían conseguido los bastantes beneficios como para poder renovar el tercer piso de la mansión para acoger huéspedes.

La mayoría de la clientela procedía de la base militar y de la universidad. En ocasiones puntuales, atraídos por la idea de acudir a un edificio histórico de la costa de Charleston, una clientela más selecta las contrataba para celebrar una reunión especial.

Estar al lado de la playa era uno de los mayores atractivos del restaurante, aunque supusiera estar permanentemente amenazo por aquéllos que querían transformar la zona en un puerto deportivo para atraer turismo, o incluso por promotores que intentaban comprar los terrenos colindantes para construir urbanizaciones. De hecho, Starr y sus hermanas podían haber ganado mucho dinero de haberse decidido a vender. Pero el restaurante representaba mucho más para ellas que un medio de vida. Era el símbolo de la familia y la seguridad que ninguna de ellas había tenido hasta llegar a aquella casa.

Por eso Starr no concebía la idea de marcharse por más que David hubiera intentado convencerla de que lo acompañara en sus viajes por el mundo. Aunque la proposición era tentadora, siempre había entrado en contradicción con su necesidad de echar raíces en un lugar permanente. ¿Por qué le costaba tanto a David comprenderlo?

Starr puso varias caracolas decorativas sobre las camisetas y se

puso en pie.

Un olor familiar la paralizó. Olisqueó el aire. Sus sentidos no la engañaban. Era el inconfundible perfume de la colonia de su madre.

Asomó la cabeza hacia el lateral de la tienda y confirmó sus sospechas. Gita miraba los objetos con una atención que iba más allá de la curiosidad. En cuanto constató con alivio que no se metía nada en los bolsillos, Starr decidió espiarla desde la distancia, convencida de que obtendría más información sobre sus intenciones observándola que charlando con ella.

Gita tomó la máquina de las tarjetas de crédito, apretó algunos números y la dejó sobre el mostrador. Luego, pasó la mano por unos collares como si fueran las cuerdas de un arpa.

Con aire distraído se acercó hacia la puerta y Starr vio, horrorizada, que al otro lado estaba el resto de la familia. Aquélla era la hora a la que solía acudir la madre de David, y la idea de que coincidieran todos en el restaurante le dio pánico. Tomó una bocanada de aire al darse cuenta de que se le había cortado la respiración y por primera vez en su vida temió sufrir un ataque de nervios.

Le salvó el recordar que tenían más de un comedor en la planta baja. Si acompañaba a la madre de David a su mesa habitual y conseguía que ella y los Cimino no coincidieran en la mesa del bufé, evitaría la crisis.

Para que el plan saliera bien, tendría que entretener a la refunfuñona y criticona madre de David mientras seguía los movimientos de su familia para asegurarse de que la señora Hamilton no se ponía en la cola del bufé al mismo tiempo que los otros. La complejidad de la situación le recordó a un número de circo que había montado su tío Hugo años atrás en el que ella, que debía montar un monociclo, se rompió la muñeca.

La principal diferencia con aquella situación era que, en lugar de una niña indefensa, era wda una mujer.

Dejó las camisetas y las caracolas en un estante, y fue precipitadamente a hablar con Ashley, que estaba en la puerta de la cocina.

—Por favor, por favor, ocúpate de mi familia. Siéntalos en la mesa trece. Les encanta tentar a la suerte —miró de reojo para evaluar la situación—. Yo me ocuparé de Alice Hamilton—Reis.

La arrogante actitud de la anciana amedrentaba a la dulce Ashley. Esta se echó la coleta hacia atrás y adoptó una actitud decidida.

—¿Seguro que no quieres hacerlo al revés? Estoy dispuesta a ocuparme de la vieja bruja.

Sabiendo el esfuerzo que representaba para Ashley enfrentarse a situaciones violentas, a Starr le emocionó que se ofreciera a

reemplazarla. No había nada como el amor de una hermana.

—No es necesario, de verdad —dijo en tono tranquilizador—. Voy a ir a su encuentro para quitarla de en medio —en el fondo, y aunque le diera rabia, se sentía un poco culpable—. Además, a David le preocupa su salud y lo último que necesitamos es que le dé una embolia porque los Cimino le intenten robar la cartera.

—Te aseguro que puedo ocuparme de ella —insistió Ashley con una vehemencia que desconcertó a Starr. Quizá había llegado el momento de aceptar que la pequeña de la casa había madurado, pero aquél no era el mejor momento para comprobarlo. Si se lo proponía, la vieja Hamilton—Reis podía ser más desagradable que todos los Cimino juntos. Y Ashley siempre había sido frágil.

—Te lo agradezco, pero ésta es una prueba que me toca pasar a mí.

Ashley le dio un rápido abrazo.

—Buena suerte —dijo.

—Gracias, cariño —dijo Starr, al tiempo que intentaba convencerse de que, por más espantoso que fuera lo que estaba a punto de hacer, no era tan grave como cumplir una condena en galeras.

Miró por encima del hombro y vio que la señora Hamilton—Reis se acercaba al mostrador de recepción mirando de reojo a los Cimino. Había llegado el momento de entrar en acción. Starr dio una palmadita en la espalda a Ashley y cada una fue a su cometido. Oyó a su hermana pequeña conseguir que el ruidoso grupo le prestara atención y la siguiera a la mesa convenida.

—Buenos días, señora Hamilton—Reis. ¿Quiere la mesa de siempre, junto a la ventana?

Starr no conseguía comprender por qué acudía tan a menudo cuando era evidente que el local no le agradaba, y siempre encontraba alguna pega a la comida.

—Por supuesto —respondió la anciana, colocándose con firmeza el bolso de cuero negro, el mismo que Starr le conocía desde niña, en el ángulo del brazo.

Mientras la acompañaba a su mesa, Starr se preguntó, como había hecho tantas veces, qué habría pasado para que se convirtiera en una persona tan amargada. Le costaba creer que no hubiera algún motivo fundado. Tenía que haber una razón que justificara su comportamiento.

¿Podía extenderse ese razonamiento a sus padres y a sus tíos? Starr decidió que no. Al menos la señora Hamilton—Reis era honrada y había criado a un hijo fuerte y con personalidad, no era una ladrona ni una estafadora.

—Aquí estamos —dijo al llegar a la mesa—. Las flores son frescas. Gracias al calor que ha hecho estos días pasados, las azaleas han florecido antes de lo habitual —añadió, haciendo un esfuerzo sincero

para agradar a la madre de David, que era muy aficionada a la jardinería.

Precisamente por ese motivo, Claire y ella le habían destrozado sus exquisitos rosales en una ocasión. Se trató de venganza por haber hecho llorar a Ashley cuando ésta arrancó una flor de su magnolio que, en cualquier caso, quedaba al otro lado del muro y, por tanto, en la propiedad de la casa de la tía Libby.

—Tienen un color precioso —admitió la señora Hamilton—Reis al tiempo que rectificaba la posición de los cubiertos para contrarrestar el halago. Ella era así. Crítica ante todo

¿Qué habría sentido David al crecer en una atmósfera tan negativa? A Starr le sorprendió no habérselo planteado nunca. Siempre pensaba en él como un niño rico y rodeado de afecto.

La señora Hamilton—Reis tomó asiento, se puso la servilleta en el regazo y, cumpliendo el mismo ritual que practicaba en cada una de sus visitas, leyó detenidamente el menú a pesar de que siempre acababa pidiendo el bufé. Finalmente, lo dejó sobre la mesa y comentó—: Veo que a pesar de mi consejo, esa gente sigue aquí.

Starr se llevó la mano al bolsillo y sacó un cuaderno y un lápiz que apretó con tanta fuerza como para partirlo en dos.

—Así es —masculló.

No estaba dispuesta a darle la satisfacción de admitir que también ella estaba deseando que se fueran.

—¿Han dicho cuánto tiempo piensan quedarse?

¿Y por qué se metía donde no la llamaban? Era una pena no poder responderle espontáneamente.

—No se preocupe, nunca están demasiado tiempo. Ames de lo que imagina, desaparecerán de su vista —había llegado la hora de cambiar de tema—. Quizá quiera probar alguno de los platos que hemos incorporado al menú para personas que sufren del corazón. Claire ha preparado una fritata de salchichas bajas en colesterol y sucedáneo de huevo.

La mujer la miró con desdén.

—Pretendes insinuar que estoy a las puertas de la muerte? No me entierres tan pronto, jovencita.

Hiciera lo que hiciera, era evidente que la señora Hamilton—Reis siempre encontraría algún motivo para censurarla.

—David me ha comentado que tiene problemas de salud y que por eso ha vuelto precipitadamente. Sólo pretendía ayudarla.

A ver cómo reaccionaba. Si negaba que tuviera problemas de salud estaría admitiendo que había preocupado a David en vano. Starr contó hasta tres. El silenció se prolongó lo bastante como para apuntar hacia esa hipótesis. Finalmente, la señora Hamilton—Reis pareció darse cuenta de que le había tendido una trampa y retomó el hilo de la

conversación.

—Probaré el plato de tu hermana. Siempre es bueno tener cuidado con la dieta —le dio la carta—. Como de costumbre, tomaré una infusión de poleo.

Starr no estaba convencida de que el té estuviera incluido en la dieta que debía seguir, pero decidió no inmiscuirse. Para eso estaba David.

Dio media vuelta para acompañar a la anciana a que se llenara el plato, y se quedó de piedra. Obviamente, Ashley no había podido cumplir la misión de controlar a los Cimino. La tía Essie iba de mesa en mesa, repartiendo propaganda. Starr supuso que anunciaría sus «hierbas curativas», que no eran más que plantas que crecían en unas macetas en la ventana de su caravana.

Starr hubiera deseado poder dividirse en dos para mantener a Essie Cimino y a Alice HamiltonReis separadas. Por otro lado, no comprendía por qué estaba tan obsesionada con que no coincidieran cuando debía darle igual lo que la madre de David pensara o hiciera, a no ser que se estuviera engañando al creer que ya no le importaba lo que sucediera en el mundo de David...

¡Maldición! El lápiz se rompió entre sus dedos. Era absurdo que pretendiera engañarse. Seguía tan enamorada de él como diez años atrás, cuando se arriesgaba a romperse la cabeza trepando por la ventana para ir a su encuentro.

David salió al porche con un vaso de té helado. Aunque hubiera preferido tomar algo más fuerte, debía mantenerse lo más lúcido posible para hacer guardia mientras los Cimino siguieran en la zona.

Afortunadamente, había contratado una enfermera para que cuidara de su madre. A pesar de que le había costado una buena pelea, se había mantenido firme, explicándole que, puesto que tenía problemas de salud y vivía sola, necesitaba que alguien la cuidara. El tenía trabajo y no estaba cualificado para atenderla.

A pesar de no estar demasiado convencida, su madre había cedido al ver que no iba a conseguir hacerle cambiar de opinión. Y una vez él le aseguró que, por el momento, no pensaba marcharse a una nueva misión, acabó por relajarse y aceptar que David estaría más tranquilo sabiendo que la dejaba en buenas manos.

David se sentó en una hamaca. Al oír música procedente del bar le tentó la idea de ir a buscar a Starr, estrecharla en sus brazos y bailar una canción lenta y sensual.

Lanzó una ojeada hacia las caravanas para asegurarse de que sus habitantes se habían retirado, pero descubrió que disfrutaban de una tardía barbacoa. La brisa del mar le llegó mezclada con el aroma a salchichas. Habían sacado varias sillas de plástico y en medio del círculo estaba Starr, de pie, iluminada por unas antorchas de

queroseno.

Por su actitud tensa, David dedujo que no estaba contenta, lo que significaba que él tampoco. Se puso en pie de un salto, dejó el vaso sobre una mesa, y fue hacia allí a grandes zancadas.

Justo cuando pasaba junto a la primera de ellas, se abrió la puerta y bajó un hombre con el que estuvo a punto de tropezar.

—Perdón —dijo. Era Frederick Cimino, el padre de Starr—. ¿Tú no eres el poli que vive en la casa de al lado?

David no acostumbraba a pavonearse, pero quería intimidar al hombre que había convertido la infancia de Starr en una pesadilla.

—Agente especial —dijo, cortante.

—¡Ah, agente! —Frederick se balanceó sobre los talones—. Con todo el dinero que tienes, nunca he comprendido por qué sigues trabajando.

—Me ayuda a levantarme cada día.

David mantenía a Starr en su visión periférica mientras aprovechaba la oportunidad de sonsacar alguna información a su padre.

Frederick sonrió.

—¿Y quién dice que es bueno levantarse temprano cada día?

—Supongo que todo es cuestión de cómo se mire —había llegado la hora de empezar a presionar a aquel hombre —. Tengo la sensación de que llevan muchos bienes en estas caravanas. No me cabe la menor duda de que están en posesión de la documentación correspondiente y que podrían demostrar que no se trata de objetos robados.

—Vaya, señor agente, tiene suerte de que no me ofenda con facilidad —sus ojos eran muy parecidos a los de Starr, pero carecían de la honestidad que caracterizaba a los de su hija.

Frederick no era consciente de que David se había enfrentado a los peores terroristas del mundo y de que, lo quisiera o no, acabaría marchándose.

David se apoyó en la caravana y pestañeó lentamente para mantener la calma y disimular la irritación que aquel hombre le producía.

—Te aseguro que no te interesa ofenderte porque lo peor que podrías hacer es enfadarme.

Frederick era lo bastante listo como para asentir.

—Starr es una Cimino y sabe reconocer un buen negocio cuando se le presenta, así que puede que algún día lleguemos a ser familia. ¿Por qué iba a querer enfadarte?

David tuvo que reprimir el impulso de darle un puñetazo y echarlo a patadas por atreverse a hablar así de Starr. ¿Cómo era capaz de insinuar que su hija se vendería al mejor postor? En aquel mismo momento juró que aquella gentuza se marcharía antes de que acabara

la semana y que no molestarían más a Starr. Y ya que ella, por la razón que fuera, no se decidía echarlos, tendría que recurrir a llevársela de viaje. Si conseguía alejarla de Charleston, se aseguraría de que sus contactos en el departamento de policía vigilaran la zona y advirtieran a los Cimino que no les convenía quedarse por allí.

Por el momento, tendría que contener su furia, pero los Cimino tenían los días contados. David había trazado un plan y pensaba llevarlo adelante.

Starr metió la cabeza debajo de la almohada para ver si podía continuar el sueño en el punto en el que lo había dejado.

David y ella, en un lugar aislado del mundo, se dedicaban a proporcionarse placer hasta que ambos estallaban en un clímax simultáneo...

Pero el irritante timbre del teléfono no le permitió lograr su objetivo. Starr golpeó la almohada, pegándosela tan bien a los lados que tuvo que asomar la nariz para poder respirar.

El teléfono continuaba sonando. Quien fuera que llamara era verdaderamente persistente.

Starr se incorporó bruscamente sobre el costado y levantó el auricular.

—Todavía no han dado las ocho de la mañana, así que, si eres un vendedor, te aseguro que voy a clavar alfileres en una muñeca vudú que se parezca a ti.

—Me han dicho que tienes el día libre.

La voz de David resonó en sus oídos y reavivó las llamas que el sueño había encendido en su cuerpo. Starr tragó saliva para frenar su acelerado corazón antes de contestar.

—¿Te lo ha dicho...? Imagino que has coaccionado a una de mis hermanas... Deja que piense a cuál —Starr se dejó caer sobre la almohada y se arrepintió de estar desnuda. La noche había sido muy calurosa, y tenía enredada entre las piernas la fina sábana con la que se había tapado —. Seguro que se lo has sonsacado a Ashley. Por eso te molestaste tanto en encontrar el regalo perfecto para ella.

—Te has equivocado. No ganas el premio.

Starr posó la mano distraídamente sobre su estómago.

—Si el regalo eres tú, la verdad es que...

—De acuerdo, de acuerdo... —interrumpió David con una risa grave—, no hace falta que me ofendas.

Starr se acarició la piel con lentitud, aproximando la mano paulatinamente hacia sus senos.

—Creía que estábamos jugando.

Hubo un silencio al otro lado del hilo seguido de la respiración alterada de David.

—¿Así que jugando? —bromeó él.

Starr se arrepintió de haber dado pie a un combate de insinuaciones.

—Entonces ha tenido que venderme Claire —dijo, precipitadamente, para reconducir la conversación a un terreno más seguro.

—Me ha contado que llevas tres años trabajando sin tomarte ni un solo día libre.

—Eso no es asunto tuyo.

—Puede que no, pero la cuestión es que he conseguido enterarme.

Starr rodó sobre el costado y se abrazó a la almohada para aliviar la presión que sentía en el pecho, aunque sabía que lo que necesitaba era otro tipo de contacto fisico.

—Supongo que sonsacar información es una habilidad muy valorada en tu trabajo.

—¿Quién te ha dicho que tuviera que sonsacársela? Puede que tu hermana piense que tú y yo tenemos que hablar —dijo David en un tono cálido.

Su voz bastaba para que el cuerpo de Starr reaccionara como si la estuviera acariciando íntimamente.

—¿Sólo hablar? Sería la primera vez en nuestra vida que sólo hablamos.

—Quizá tengas miedo de estar conmigo a solas. ¿Tendría razón David? Después de darse cuenta de que seguía enamorada de él, había decidido evitar cualquier situación que favoreciera las confidencias; pero dado que había descubierto la verdad, quizá lo mejor era sincerarse y poner las cartas sobre la mesa. Sólo pensarlo le daba pánico. Una cosa era saber que sus sentimientos hacia David seguían siendo confusos y otra, abrir su corazón y contárselo a él.

Miró hacia la ventana. La brisa ahuecaba las cortinas de gasa. En la playa se veían las caravanas, la prueba palpable de que David y ella tenían orígenes opuestos. Para no desesperarse, tuvo que recordar que ya no pertenecía a aquel mundo. Había ascendido unos cuantos escalones.

Le llamó la atención descubrir que sus padres estaban levantados tan temprano. Se abrió la puerta de su caravana, y Frederick bajó vestido con bermudas y la camiseta de un grupo de rock. Luego, tendió la mano para ayudar a una mujer a bajar. Era la madre de David.

Starr se incorporó de un salto. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? A continuación, se asomó Gita. Starr volvió a echarse. La vieja Alice debía haber acudido a quejarse en persona.

Aplastó la almohada y eligió las palabras tan cuidadosamente como cuando mezclaba pinturas para conseguir una tonalidad específica:

—Parece que tenemos un problema. Nuestra visión de la vida es muy distinta, pero no podemos evitar la atracción que sentimos el uno por el otro. Puesto que yo no pienso irme de esta casa ni dejar mi negocio, y dado que la mansión Hamilton—Reis va a seguir donde está, es evidente que vamos a coincidir el resto de nuestras vidas. Así que lo mejor que podemos hacer es evitarnos en la medida de lo posible. Sería ridículo que a los noventa años nos buscáramos por los rincones para besuqueamos.

La contenida carcajada de David la acarició una vez más desde el otro lado de la línea.

—Seguro que seguirías siendo un bombón.

Starr no pudo contener la risa ni la excitación que le produjo la camaradería que siempre surgía entre ellos. Apretó las piernas para contener el dulce dolor que sentía, y contestó:

—Y tú, igual de arrogante.

—Me seguirás gustando.

Starr vio con toda claridad que no tenían remedio.

—¿Cómo vamos a lograr superar esto?

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí —mintió Starr, a sí misma y a él—. ¿Tú no?

—Yo quiero lo que tú quieras —respondió David, evasivo—. ¿Estás dispuesta a confiar en mí y hacer algo que no hemos hecho nunca?

Starr sintió que se quemaba. Se llevó la mano al pecho y se acarició los senos, que clamaban por sentir la mano de David. Su propio tacto no bastaba. No podía engañarse a sí misma. Lo necesitaba con urgencia, aunque más tarde se arrepintiera de las consecuencias.

—Está bien, ¿qué es esa novedad que quieres que probemos, David?

Capítulo 6

—David, ¿vas a decirme dónde me llevas?

David mantuvo la vista fija en la carretera. Mirar a la mujer que llevaba a su lado era peligroso y, de todas formas, pronto podría contemplarla durante tanto tiempo como quisiera.

La escapada había exigido poner a prueba su capacidad de improvisación, pero finalmente había diseñado un plan lo bastante atractivo como para que Starr no pudiera resistirse.

También había organizado un operativo de vigilancia con el departamento de policía de Charleston para vigilar la casa en su ausencia. Había recibido un soplo sobre un asunto de falsificación de taijetas de crédito por parte de los Cimino, en Dallas. Con suerte, lograría que la policía los detuviera y presentara cargos contra ellos. Aun cuando sólo los condenaran a servicios a la comunidad y a una multa, la amenaza bastaría para hacerles ver que hablaba en serio, y los mantendría alejados de Charleston en el futuro.

Había sido casi imposible convencer a Starr de que se marchara de la casa después de que Frederick Cimino se plantara delante del restaurante con una señal escrita a mano anunciando: Especial tortillas: dos por una. Había jurado que sólo quería ayudar al negocio a cambio de un pequeño porcentaje de los beneficios.

La imagen de Claire, bajando furiosa los escalones del porche, bastó para que cambiara de idea. Starr sólo había accedido a marcharse una vez vio a su padre romper la señal en la rodilla.

Consecuentemente, David podría cuidar de ella por unos días. Era sorprendente que hubieran pasado toda la vida buscando ocasiones para estar solos. Afortunadamente, la madurez le había proporcionado los recursos de los que carecía en la adolescencia.

—¿Dónde quieres ir?

Al no recibir respuesta, miró a Starr y sus ojos se posaron más tiempo del debido en el collar de pequeñas caracolas que se colaba entre sus senos, por debajo del escote. Como si leyera su pensamiento, Starrjugueteó con la mayor de las caracolas, en el centro del collar.

—¿No tienes un plan?

David volvió la vista a la carretera.

—Claro que sí, pero siempre estoy abierto a sugerencias.

—Por el momento, prefiero ver qué tienes pensado.

A David le sorprendió que Starr se mostrara tan dócil y estuviera dispuesta a cederle el control con tanta facilidad. Normalmente discutían hasta alcanzar un acuerdo, y lo mejor llegaba cuando se reconciliaban... Pero en aquella ocasión David no pensaba enfadarla, vanagloriándose de haber conseguido una victoria tan pronto.

Suponía que en los días que iban a pasar juntos acabarían

acostándose, pero por si acaso, había reservado dos habitaciones. Así Starr podría decidir sin sen tirse presionada. Aunque si optaba porque estuvieran juntos... Sólo con imaginarlo se le disparaba la adrenalina.

—Te agradezco que confíes en mí. Prometo no decepcionarte.

No mentía. Había hecho bien su trabajo y pensaba ofrecerle mucho más que sexo. Después de haberla visto comportarse como la niña vulnerable del pasado, incapaz de enfrentarse a su familia, había decidido darle algo muy importante antes de separarse de ella.

El año anterior, Starr le había asegurado que, de no haber sido por su apoyo y la fe que tenía en ella, no se habría atrevido a montar un negocio. En aquel momento, ser consciente de que tenía tanta influencia sobre ella le había inquietado. De hecho, incluso en aquel mismo instante, sólo pensarlo le hacía sentir un peso sobre los hombros. Sin embargo, sabía que no podría marcharse sin proporcionarle la última pieza que le faltaba para adquirir una plena autoestima: la capacidad de decir adiós para siempre a su familia.

David tomó la carretera secundaria que llevaba al aeropuerto. Había hecho diversas averiguaciones sobre SethJansen y, tras mantener con él un par de conversaciones, había llegado a la conclusión de que era un tipo listo, con espíritu empresarial y un gran sentido común en lo relativo a la seguridad. Sus innovaciones tecnológicas le habían hecho millonario. La empresa de salvamento y rescate que había montado con Rick DeMassi iba a contribuir al bien de la comunidad. Y David admiraba a un tipo que estaba empeñado en compartir su buena fortuna con la sociedad.

El aeropuerto constaba de dos hangares, en uno de ellos, Seth tenía cinco aviones para alquilar, entre los que se encontraba el que usaría para transportar a David y a Starr. En el otro hangar guardaba sus aviones personales, incluido un Corsario de la Segunda Guerra Mundial. Jansen tenía un espíritu aventurero, lo que encajaba perfectamente con David, que necesitaba a alguien lo bastante flexible como para adaptarse a cualquier cambio de planes.

Starr se revolvió en el asiento y se quitó las gafas de sol como si quisiera asegurarse de que veía bien. Las guardó en su funda y se retiró el cabello hacia atrás.

—¿Un aeropuerto? David, cuando he dicho que haría lo que tuvieras pensado, me refería a que no me importaba comer en un restaurante italiano o en un mexicano. No a un viaje en avión.

David llevó el coche hasta el aparcamiento, lo detuvo y se giró hacia Starr.

—Pues es una pena, porque he organizado un viaje —dijo, mirándola a través de las gafas de sol.

***

Starr lo observó alejarse hacia las oficinas mientras lo esperaba en

el coche.

En cuanto se quedó sola, metió la mano en el bolso y rebuscó hasta encontrar el móvil. Marcó el número de su hermana y esperó a que contestara.

—Claire —dijo, sin preámbulos—, ¿cómo has sido capaz de decirle a David que podía irme de viaje? ¡Hasta me has preparado una maleta! —antes de continuar, miró hacia la terminal para asegurarse de que David no volvía—. ¿Es que intentas que se me rompa el corazón?

Una cosa era pasar tiempo con él, charlar, incluso acostarse con él una vez más, pero ¿irse de Charleston con David? ¿Estar completamente a solas con él en otro estado? La idea le daba pánico.

Claire suspiró profundamente al otro lado de la línea con la resignación de una hermana mayor.

—Sólo intento darte la oportunidad de que decidas de una vez qué hay entre vosotros. Y sólo lo vais a poder hacer lejos de aquí, de su madre, de tus familiares, hasta de esta casa y de la estúpida idea de que no eres lo bastante buena para él.

—Yo nunca he dicho eso —replicó Starr automáticamente.

—Pero lo piensas.

Starr no quería discutir ese punto.

—¿Y mi familia? ¿Cómo voy a marcharme y dejar que Ashley y tú os ocupéis de ellos?

—¿En qué sentido crees que tenemos que «ocuparnos» de ellos? —preguntó Claire con su habitual tendencia a hacer que lo dificil pareciera fácil—. Están aquí y vienen a comer. Vic está siempre cerca por si lo necesito. Además, es a ti a quien quieren molestar, no a mí.

—Pero se preguntarán dónde he ido.

—Les diré que tenías un cursillo sobre algo relacionado con el restaurante, que has tenido que marcharte temprano, que me has pedido que te disculpe, bla, bla, bla... ¿Es que no confías en nosotras?

Starr encogió los dedos de los pies y contempló los dibujos de las tiras de sus sandalias.

—Sabes que ésa no es la cuestión. Ellos no son vuestra responsabilidad.

—Starr, ¿soy o no soy tu hermana?

¿Por qué le hacía esa pregunta?

—Claro que lo eres.

—Y por eso mismo, soy mucho más familia tuya que cualquiera de los habitantes de esas caravanas. Tú has hecho esto y mucho más por mí en el pasado. Deja que yo te dé un par de días a cambio.

Starr apretó el teléfono contra la oreja con los ojos anegados en lágrimas. Qué afortunada había sido al tener una segunda oportunidad en la vida y encontrar una familia tan maravillosa!

—De acuerdo, pero eres demasiado generosa. Veré si puedo aceptar el plan que David me proponga.

—No olvides que es un hombre —bromeó Claire—, no una pistola de pegamento.

Starr suspiró.

—No tiene gracia —dijo, pero contradijo sus palabras con una risita. Luego, se puso seria—. Promete que tendrás cuidado— con la caja registradora.

—Hermana, puede que sea generosa, pero no tengo un pelo de tonta —dijo Claire con la convicción que la caracterizaba—. No te preocupes.

—Que conste que no he prometido que vaya a marcharme.

—Vale, como quieras..., nos vemos en un par de días.

Starr se quedó escuchando el tono de la línea mientras se preguntaba si era tan transparente como para que su hermana la conociera mejor que ella misma. La idea le dio ganas de gritar a David que la llevara de inmediato a su casa. Pero actuar así por el mero hecho de llevar la contraria no conduciría a nada. Había decidido coinprobar qué era lo que verdaderamente sentía por David y aquélla era la oportunidad perfecta para llegar a alguna conclusión. Para ello, necesitaba valor y sabía que lo tenía. De algo le había servido superar una infancia adversa. En el fondo, era capaz de enfrentarse a cualquier situación. Sólo necesitaba recuperar parte de esa fuerza para pasar un par de días con David y decidir de una vez para siempre si podía olvidarse de él... o no.

Se abrió la puerta de la terminal y David salió acompañado por Seth, con un maletín en la mano. Starr quitó las llaves del contacto y salió del coche. Al verla, David le dirigió una de aquellas electrizantes miradas que le hacían recordar la intensidad de su relación de adolescencia. Después de decir algo a Seth, éste fue hacia el hangar mientras David se acercaba a ella.

¡Qué atractivo era! Se esforzaba tanto por ignorar la atracción que sentía hacia él que no solía contemplarlo. En aquel momento parecía un rico hombre de negocios, vestido con pantalones color caqui y un polo, camino del campo de golf. Sus músculos no dejaban de sorprenderla. Ya no era el David desgarbado de su adolescencia, sino un hombre maduro y plenamente desarrollado cuyo cuerpo no conocía tan bien como el del pasado.

David se detuvo frente a ella. Aun sin tocarla, Starr sentía su presencia con la misma intensidad que si la estuviera abrazando. El cambió de mano el maletín.

—Que te hayas bajado del coche me hace pensar que has decidido venir.

—David, ¿dónde me llevas? —volvió a preguntar ella.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó él una vez más.

La diferencia era que se encontraban en un aeropuerto y que, por tanto, la respuesta se había ampliado considerablemente... En la misma proporción que la curiosidad que empezaba a sentir Starr.

Lo que no llegaba a creerse era que David no tuviera ningún plan. El siempre los tenía, siempre llevaba las riendas. ¿De verdad le iba dejar decidir a ella?

Starr frunció el ceño.

—¿Hablas en serio? ¿No hay que reservar un vuelo con antelación?

David alzó el maletín.

—He preparado distintas opciones con Seth. ¿Qué te apetece hacer? ¿Ir a las espectaculares plantaciones de Luisiana para contemplar los murales de arte tradicional de Clementine Hunter, o prefieres la colección de arte navajo de la galería Gorman, en Taos, Nuevo México? Aunque quizá te interese más viajar a Nueva Inglaterra para ver la obra del escultor ecléctico Joseph Cornell.

¿Cómo era posible que David conociera la mezcla escultórica de fotografía y objetos reciclados que caracterizaba el estilo del escultor que tanto le gustaba? Era evidente que había hecho los deberes y había estudiado las posibilidades que pudieran resultarle más atractivas. Saber que se había tomado tanto interés le cortó la respiración.

—¿Qué significan esas opciones, David?

—Son todos famosos artistas autodidactas.

—Has sido muy considerado —dijo Starr. David la miró y esperó a que continuara—. Quieres que elija... —se dio cuenta de lo que quería decir David. Todos eran autodidactas—. Comprendo lo que quieres insinuar: que debo valorar más mi arte.

—Yo no lo he dicho —David le dio un toquecito en la punta de la nariz—, lo has dicho tú.

Tomó las llaves de la mano de Starr y pulsó el botón para abrir el maletero. Luego, cargando con dos maletas y el maletín, se encaminó hacia el hangar, dejando sola a Starr para que decidiera si seguirle o no.

Starr contempló su fuerte espalda con admiración. David se mantenía en forma porque su trabajo lo exigía. Que hubiera elegido una ocupación con la que servía a la sociedad la llenaba de orgullo. Gracias a él, estafadores como su tío Benny no podían aprovecharse de ancianitas inocentes, y menos mujeres tenían que acudir a comisaría para denunciar el robo de sus bolsos.

En realidad, David no se ocupaba de casos tan cotidianos, pero Starr sólo era capaz de pensar en pequeña escala. Frunció el ceño. Quizá era un hábito adquirido durante su infancia, cuando pensar sólo en el día a día se había convertido en la única manera de sobrevivir y

mantener la cordura.

Pero ése no era momento para análisis psicoanalíticos. Tenía que tomar una decisión y pensaba seguir aquel atractivo trasero hasta...

—¡Está bien! —gritó—. ¡Quiero ir a ver la colección de arte navajo de la galería Gorman!

Sin aminorar el paso, David alzó el maletín en el aire y continuó caminando hacia el hangar.

—¡Muy bien! ¡Entonces, iremos a Nuevo México! —gritó en respuesta.

Había sido una decisión dificil porque Starr quería visitar todos los lugares que David había mencionado, y sabía que si se lo decía, él se encargaría de que fuera a todos ellos. David siempre había querido que lo siguiera en sus viajes, y Starr estaba segura de que los disfrutaría durante un año o incluso dos, pero también sabía que en seguida necesitaría volver a su casa, tener una rutina y una vida normal que para él resultaría aburrida.

Pero por un par de días, tendría el espíritu aventurero que David siempre le había animado a explorar.

De pronto, fue consciente del compromiso que acababa de adquirir al acceder a pasar el fin de semana con David. Estarían solos en un hotel, donde, con toda seguridad, harían mucho más que «solamente hablar».

Capítulo 7

Estaba con Starr en el jet de Seth Jansen, que pilotaba el avión rumbo a Nuevo México. David no llegaba a creerse que fuera la realidad y no uno de tantos sueños que había tenido con ella. Estiró las piernas y la observó mirar el cielo por la ventanilla. El sordo rumor del motor les daba cierta privacidad respecto a Seth.

Por fin tenía a Starr para él solo, lejos de aquellos miserables parásitos a los que llamaba familia. Y todo gracias a Claire, que sí que era un familiar de verdad, del tipo que valía la pena, una persona a la que sólo le importaba el bienestar de Starr.

Por fin estaban los dos juntos. Por fin podrían intentar aclarar lo que pasaba entre ellos, con tiempo por delante y sin sentirse el centro de todas las miradas. No podían seguir posponiendo ese instante.

Pero aunque aquélla fuera su prioridad, no dejaba de dar vueltas en su cabeza a diversas preocupaciones. No conseguía adivinar por qué los Cimino habían aparecido una vez más. ¿Qué querían? Siempre que hacían una visita era porque necesitaban algo.

A los diecisiete años, había encontrado a Starr desesperada después de dos días de visita de los Cimino porque le angustiaba pensar en las cosas que desaparecerían de la casa de la tía Libby cuando se fueran. Hasta llegó a plantearse huir con ellos para proteger a las personas que más amaba.

Starr giró la cabeza hacia él.

—Gracias por haber organizado este plan. No dejaba el restaurante desde... —Starr se pasó los dedos por su denso cabello—. Ni siquiera me acuerdo. Supongo que desde que lo inauguramos, hace dos años.

—Siempre es duro empezar un negocio. Tú y tus hermanas habéis asumido muchas responsabilidades —se abrieron las nubes y dejaron a la vista el desierto. Pronto aterrizarían.

Starr sonrió.

—La tía Libby nos dejó una maravillosa herencia.

—Tienes razón. Es una casa fantástica —David había rechazado numerosas ofertas para vender la casa familiar, pero aparte de que su madre seguía ocupándola, no podía soportar la idea de desprenderse de una casa que había pertenecido más de dos siglos a su familia.

—No me refería sólo al edificio, sino a la noción de «hogar» que heredamos de ella. Por eso insistimos en conservarla —Starr hizo una movimiento con la mano, como para despejar el aire—. Pero ésa no es la cuestión en este momento. Te estaba dando las gracias.

—No las merezco —dijo él, que en realidad no sabía por qué Starr le daba las gracias por algo que constituía un placer para él.

Starr sonrió una vez más.

—Esta situación me trae recuerdos.

—¿De qué?

—De la fiesta de fin de curso. Aunque en lugar de en una limusina, estamos en un avión —Starr acarició los reposabrazos de cuero—. No estoy acostumbrada a estos lujos.

—¿Te gustan? —David tenía que adivinar los sentimientos de Starr porque nunca sabía qué esperar de ella. De hecho, ése era uno de sus principales atractivos. Pensó en la noche en el muelle, un par de días atrás, cuando habían estado a punto de perder el control.

Starr arrugó la nariz y se hundió en su lujoso asiento.

—Sería una desagradecida si dijera que no. Sólo un idiota preferiría tener que hacer escalas, pasar controles de seguridad y sufrir retrasos.

—Pues yo prefiero los perritos calientes al caviar —David posó su mano sobre la de ella y le acarició la muñeca. Por el momento, ése era el contacto más íntimo que estaba dispuesto a permitirse—. El dinero no siempre me da lo que quiero.

Starr arqueó las cejas en un gesto de sorpresa.

—Me alegro de oírte decir eso.

David se giró para mirarla a los ojos. Era extraño que nunca hubieran hablado de cosas así. Quizá no habían tenido suficientes oportunidades en el pasado.

—El dinero me permite vivir la vida tal y como quiero, y no me refiero sólo a los caprichos que puedo darme. También me permite tomar decisiones éticas de acuerdo a lo que creo correcto; me permite no tener que ser diplomático o competir con otros para conseguir un mejor puesto o una salario más alto. Soy muy afortunado, y lo sé.

—Aun así, sigues esforzándote para mejorar.

David guardó silencio mientras disfrutaba de la suave piel de Starr. No tenía sentido contestar a una afirmación que era cierta.

—¡Qué día tan extraño! —exclamó Starr. Tras mirar a Seth, se inclinó hacia David y añadió—: Estoy muy agradecida por todo esto, pero no puedo asegurarte que el día vaya a terminar como tú esperas.

No podía ser más directa y, por más que David la deseara, no pensaba coaccionarla. Ya había recibido demasiadas presiones a lo largo de su vida.

Gracias a ser un curtido investigador, podía intuir las huellas que su infancia habían dejado en ella. Lo indicaba su tendencia a creer que nadie daba nada si no era a cambio de algo. ¿Cómo no lo habría notado antes? Quizá porque su cerebro siempre estaba ocupado en otras cosas cuando la tenía cerca. Pero pensaba rectificar esa actitud desde aquel mismo instante aun cuando para ello tuviera que resistirse a la corriente que siempre se creaba entre ellos.

—Esta es una oferta sin exigencias. Cuando aterricemos, comeremos algo e iremos a visitar la galería antes de ir a cenar. Si

después quieres ir directamente a tu dormitorio, sola, así será. Tú mandas —no mentía. Por más que la deseara, no quería estar con ella a no ser que se tratara de decisión compartida—. Me conoces lo bastante bien como para saber que nunca te pediría hacer nada que tú no quisieras.

Starr lo miró en silencio mientras esperaba a que el zumbido del motor se atenuara. Finalmente, asintió.

—Confió en ti —dijo.

—Me alegro —respondió él.

David se alegraba porque la realidad era que permanecer inmutable mientras Starr dormía en la habitación contigua a la suya iba a representar una auténtica tortura. Por muy bueno que hiera en su trabajo, no había aprendido a tomar las mejores decisiones en relación a su vida personal.

Dos horas más tarde, David seguía cuestionándose su inteligencia emocional mientras observaba el rostro de Starr contemplando las obras de arte de la galería. Se desplazaba con lentitud entre los pocos visitantes que quedaban. Se aproximaba la hora del cierre. David tomaba nota de cada una de sus reacciones. Supo que prefería las piezas de cerámica a las pinturas sobre seda, y las esculturas de papel a los paisajes. Todo parecía apasionarla, y no había un ángulo o un matiz de color que escapara a su mirada inquisitiva. Finalmente, se detuvo antes un plato de cerámica con un peculiar gato naranja. David pensó que se trataba de una opción peculiar, pero asumió que no tenía suficiente cultura artística como para apreciarlo. Era el favorito de Starr.

—¿Lo quieres?

—No —Starr pareció salir de un estado de trance y se volvió para mirarlo—. ¡Ni se te ocurra! Bajo ninguna circunstancia quiero que me lo compres. Si tengo miedo de que saques tu tarjeta de crédito cada vez que vea algo que me guste, no voy a poder disfrutar.

—Tampoco te costaría tanto decir: Gracias de todas formas —se sintió obligado a replicar David. Después de todo, acababa de ofrecer pagar una buena cantidad de dinero por lo que para él no era más que un plato.

—Tu ego no necesita ser alimentado —Starr le dio la espalda y continuó contemplando los cuadros de la pared y algunas piezas expuestas en vitrinas.

—Tienes razón —dijo él, al tiempo que avanzaba unos pasos para colocarse justo detrás de ella. Mantuvo las manos en los bolsillos aunque ansiaba rodearle la cintura con los brazos y que ella descansara en él. Pero habíajurado que no la molestaría a no ser que le hiciera una señal, y siempre cumplía su palabra—. Menos mal que siempre te tengo a ti para mantener mi inflado ego bajo control.

—Tienes razón, pero ya que hoy lo tienes un poco maltratado, estoy dispuesta a darte las gracias por haber pensado en regalarme ese plato. Me ha llamado la atención porque me ha recordado a un gato que tuve durante un par de semanas cuando tenía ocho años —giró la cabeza por encima del hombro y le dedicó una sonrisa maliciosa—. Y gracias por este día tan maravilloso. No es lo mismo ver todo esto en un libro que verlo en directo.

—Hay otros dos artistas en mi breve lista. Sólo hace falta que llames a tu hermana para alargar un poco el viaje —se aproximó unos centímetros sin sacar las manos de los bolsillos, pero aun así, sintió mezclarse el calor que emanaba de sus cuerpos—. Y eso que no te he enseñado la lista larga.

Starr se humedeció los labios.

—¿Y los problemas de salud de tu madre?

—He contratado a una enfermera para que la atienda veinticuatro horas al día.

—Supongo que te has asegurado de que era buena.

—Ya sabes que sí —dijo David. Era un hombre minucioso y en aquel instante, su mayor preocupación era aclarar su situación con Starr para que ni él ni la pandilla de las caravanas, volviera a hacerle daño.

—¿Qué opina la enfermera de tu madre? —Starr dirigió su atención a una serie de paisajes con una mujer y unas flores.

—¿De verdad te preocupa mi madre a pesar de lo desagradable que ha sido contigo a lo largo de estos años? —ése era un motivo más para que estudiara a Starr cuidadosamente y se asegurara de tratarla bien. Posó las manos sobre las de ella, que las apoyaba en una vitrina.

—Claro que me preocupo por ella. Es tu madre. Si estuviera muy enferma, no me gustaría que estuvieras aquí conmigo. Aunque la verdad es que el otro día, cuando vino a comer, tenía un aspecto magnífico.

David pensó que tenía razón. En el fondo, sospechaba que lo único que pretendía su madre era llamar su atención, y que, ya que lo había conseguido, pronto estaría mejor.

—En realidad, aparte de tener la tensión un poco alta, tiene una salud de hierro. Tengo la impresión de que a veces se siente sola y necesita pedirme que vuelva a casa.

—Te resultaría más fácil si tuvieras hermanos o hermanas. Yo no sé qué haría si no con tara con mis hermanas —la mirada de Starr adquirió un aire soñador mientras contemplaba un paisaje del desierto con una mujer al borde de una charca de agua.

—Y ellas tienen suerte de tenerte a ti —David se atrevió a posar una mano en su hombro, en un gesto más fraternal que sensual—. No te subestimes.

—Gracias, no lo hago.

David no quitó la mano a pesar de que sus pensamientos no tenían nada de platónicos. Su imaginación se puso en funcionamiento, mostrándole lo que podrían hacer si estuvieran a solas. Primero, atraparía a Starr contra la pared, la tomaría por la cintura y la estrecharía contra sí. Sabía que con un mínimo ajuste de sus cuerpos, podría penetrarla suavemente.

Sus pensamientos crearon una corriente eléctrica entre ellos de tal intensidad que David tuvo la certeza de que Starr también la sentía.

Starr pareció vacilar antes de volver lentamente hacia el plato del gato. El mantuvo la mano sobre su hombro.

—¿Así que te gusta porque te recuerda a un gato que tuviste?

—Sí —respondió ella con la respiración levemente alterada. Hizo una pausa para carraspear y añadió—: Me gusta tanto que prefiero dejarlo en la galería para que la gente pueda admirarlo.

David la tomó por los brazos y la obligó a girarse hacia él.

—¡Qué buena eres!

Starr se puso de puntillas y aproximó su rostro al de David. Su mirada contenía un intenso deseo.

—¡Y tú eres muy malo!

—Por eso nos complementamos tan bien.

—David —susurró ella, casi en una súplica, un ruego que él había oído muy a menudo en el pasado y cuyo significado conocía bien—. Ya te he dicho que no puedo prometerte que vayamos a acabar en la cama.

Le sobresaltó un bedel que pasó a su lado con una escoba. Era la hora de cerrar y pronto irían al hotel, si es que llegaban…

David se alegró de haber reservado un lugar romántico por si Starr cambiaba de idea respecto al sexo. Tenía la intuición de que sus deseos iban a verse satisfechos con creces, pero primero prolongaría la espera para que la consecución de sus objetivos fuera aún más dulce.

Se inclinó hacia delante para susurrarle al oído:

—Sé perfectamente lo que has dicho y estoy convencido de que, pase lo que pase, debemos quererlo ambos. Pero también apostaría toda mi intuición como investigador a que lo que siento ahora mismo es completamente recíproco y que has decidido que no tiene sentido seguir resistiéndote.

Capítulo 8

—Acelera —dijo Starr desde el asiento del acompañante del Mercedes descapotable. ¿En qué hotel había reservado David habitación? ¿Tendrían que conducir toda la noche?

—¿Quieres que acelere? Lo siento, cariño, pero voy al máximo permitido y, dado que soy del gremio, se supone que tengo que cumplir las leyes.

David mantuvo una velocidad constante. Los faros del coche, que iluminaban la carretera arrancando destellos del asfalto, eran la única luz en medio del desierto que los rodeaba.

Una vez más, David retrasaba el momento de satisfacerla y hacía que su frustración aumentara. Starr se removió en el asiento como había hecho a lo largo de la cena. El viento se metía por el cuello del polo de David tal y como ella querría hacer con sus dedos.

Llevaban en el coche cerca de cuarenta y cinco minutos. Para la cena, David había elegido un restaurante parecido a Beachcombers para que Starr pudiera comparar e inspirarse, y le había sorprendido con la noticia de que no se alojarían allí mismo.

En cualquier caso, Starr no había podido pensar ni en el trabajo ni en dormir. Su mente había estado ocupada durante la interminable cena con ideas sobre lo que harían cuando estuvieran a solas y desnudos.

Aun así, David había convertido cada bocado en un momento de placer. Desde el primer instante de aquella escapada había actuado con una seductora amabilidad. Cuando se proponía ser encantador resultaba irresistible.

Starr apartó la mirada y contempló el desierto rocoso por el que avanzaban. Sólo había postes de teléfonos y algún cactus ocasional; el aire era seco, muy distinto al clima húmedo que Starr había llegado a adorar en la casa de la tía Libby.

El viento le sacudía el cabello y tiraba del pañuelo con el que se lo había recogido. En cierto momento, decidió soltárselo y que flotara libremente, casi como un símbolo de que había cedido el control a David.

Ya que era evidente que David había elegido un lugar apartado y que tendrían que pasar un tiempo en el coche, quizá sería mejor aprovechar el tiempo.

Alargó la mano y la deslizó por el muslo de David lentamente, palpando los músculos que percibía debajo de la ropa.

—Y no puedo hacer nada para convencerte de que tomes un atajo? —dijo con una pícara sonrisa, al tiempo que le presionaba la pierna a apenas unos centímetros de la bragueta del pantalón.

David le sujetó la muñeca y se la separó de la pierna.

—Como sigas así vamos a tener un accidente.

Tenía razón, así que Starr se hundió en el asiento y decidió esperar.

Pero fue entonces cuando David tomó un desvío.

—David, ¿dónde está el hotel? —Starr no veía señas de civilización en ningún punto del horizonte.

—¿Quién ha dicho que fuéramos directos al hotel?

Starr sonrió y sintió una burbujeante alegría. Siempre había disfrutado más las ocasiones que hacían el amor al aire libre que cuando iban a hurtadillas a su dormitorio o al de David. El exterior representaba un terreno neutro, no pertenecía a ninguno de los dos.

David apagó el motor, pero dejó la llave en el contacto para poder seguir oyendo música, una selección de piezas clásicas que proporcionaba la atmósfera perfecta a aquel magnífico escenario. Se giró hacia el asiento de atrás y tomó una manta con la que Starr adivinó que se protegerían de la fría brisa del desierto. La mirada de David no dejaba lugar a dudas: muy pronto, ambos se habrían quitado la ropa.

Enganchó un dedo en el cuello del polo de David.

—¿Qué te parece si vienes a este lado para que no tengamos problemas con el volante?

—Sí, señora —David la tomó por la cintura, la elevó, y, tras deslizarse hacia su asiento, la posó sobre su regazo. Luego, cubrió los hombros de ambos con la manta, formando una tienda de campaña.

Las luces del salpicadero iluminaban su mentón; en la distancia se oyó el aullido de un coyote.

La anchura de sus hombros bastaba para dejar a Starr sin respiración, sobre todo por el contraste entre su fuerza y la delicadeza con la que acababa de moverla.

Con manos temblorosas, tiró del poio de David para sacarlo de los pantalones, se lo quitó y lo echó sobre el volante.

David rió por lo bajo.

—Siempre me ha gustado lo directa que eres.

—Tú me enseñaste a conseguir lo que quería.

David gimió su aprobación al tiempo que con una delicada determinación le fue quitando las capas de ropa que la cubrían hasta que sus pechos quedaron expuestos y los pudo sentir contra su torso desnudo.

—Te doy permiso para que hagas conmigo lo que quieras —susurró él.

Por un instante, esas palabras hicieron pensar a Starr que lo que quería de él era mucho más que sexo, pero decidió borrar ese pensamiento y disfrutar del presente. Se inclinó y le acarició el cuelb con los labios, avanzando hacia su boca y saboreando el gusto salado

de su piel.

—Ya lo hemos hecho antes en la arena, pero este escenario es distinto —dijo él, mordisqueándole la oreja—. Pensé que te gustaría sentir la inmensidad del desierto.

—Y el aislamiento; me encanta que estemos solos —Starr le rodeó el cuello con los brazos—, que no haya nadie vigilándonos...

Ni símbolos que le recordaran que tenían orígenes antagónicos y que una línea invisible los separaba.

—Tienes toda la razón.

La plenitud de aquel momento era la culminación del maravilloso día que habían pasado juntos. Starr sabía que la única razón por la que David había ido a la galería era hacerla feliz. Sus gustos eran de otro tipo, y que hubiera sugerido una actividad que no hubiera hecho de no ser por ella hacía que se sintiera vibrante y excitada.

David le mordisqueó la oreja una vez más, antes de susurrar:

—También me apetecía hacerlo aquí porque las estrellas brillan más que en ninguna otra parte. Siempre que paso por esta zona recuerdo las veces que lo hemos hecho en la playa.

—Solías decirme que las constelaciones te hacían pensar en mi nombre.

David rió.

—¡Qué cursi era!

—No está mal ser un poco cursi para llevarse a una chica a la cama —Starr tomó la cara de David entre sus manos y trazó la línea de sus pómulos con los pulgares.

—Hoy he conseguido traerte aquí —bromeó él.

—O puede que te haya traído yo a ti —dijo ella, acariciándole el pecho con sus senos provocativamente.

—Cariño, sabes que te encuentro irresistible! Eras sexy de pequeña y ahora lo eres todavía más.

—¿Eso es un piropo?

David le cubrió los senos con las manos y se los acarició.

—¿Tú qué crees?

¿Cómo era posible que estar con David fuera al mismo tiempo una maravillosa experiencia y un terrible error?

Se había molestado en organizar el vuelo y la visita a la galería de arte, y ella había disfrutado lejos de Beachcombers más de lo que nunca hubiera imaginado. Pero para ella, sólo se trataba de una excursión, no de un proyecto de vida. Por su parte, David no quería instalarse en un sitio fi— jo. Esa era una diferencia insalvable entre ellos.

Sin embargo, aquella experiencia había servido para que descubriera lo mucho que estaba perdiéndose al negarse a viajar. David sabía cómo ten tarla... Y arrastrarla a la locura.

Deslizó las manos por el cuerpo de David como si acariciara una escultura. Era un arte que nunca había probado, pero que la fascinaba. Le hubiera gustado capturar a David en arcilla y recrear su forma de memoria. Pero para ello, tendría que descubrir al nuevo David, al David maduro y musculoso al que apenas conocía.

Tenía que ser sincera consigo misma y admitir que quería más. Más tiempo con él. Más David. El adulto era todavía más enigmático que él adolescente al que había llegado a conocer bien. Sus dedos anhelaban explorar los fibrosos recovecos de sus músculos.

De jóvenes, la pasión y la curiosidad les habían empujado a explorarse detenidamente. Ella no había cambiado apenas, pero sentía curiosidad por ver si a él le seguían gustando las mismas cosas.

Sólo tenía una manera de averiguarlo.

Se arqueó hacia él y posó los labios sobre los suyos. David metió la lengua al instante en su boca con movimientos decididos y actitud posesiva. Ella le lamió los labios con una sensual lentitud que le arrancó un gemido de la garganta, al tiempo que sus caderas se mecían hacia las de ella. Starr podía sentir su firme erección contra la ingle, prueba tangible de que seguía excitándolo como en el pasado. Y eso que apenas había comenzado. David le subió la falda y le quitó las bragas. Luego, la sujetó con firmeza por las nalgas y capturó uno de sus pezones con la boca, mordisqueándolo y succionándolo provocativamente, hasta que Starr creyó estallar de placer. David dejó ese pezón para ocuparse del otro, mientras con una mano acariciaba el que dejaba libre, apretándolo, tirando suavemente de él. Starr perdió la capacidad de pensar hasta que sintió frío en la piel y se dio cuenta de que David estaba quitándole la poca ropa que todavía llevaba puesta. Ella lo ayudó al tiempo que le abría los calzoncillos.

Inclinándose, David tomó la cartera que había dejado sobre el salpicadero y sacó un preservativo. Starr pensó que tenía suerte de que fuera tan sensato porque ella ni siquiera había pensado en tomar precauciones.

La asaltó el recuerdo de cómo habían aprendido juntos a usarlos. De hecho, David solía sentir un gran placer cuando ella...

Tomó el preservativo de su mano y lo giró entre los dedos. David la miró con una sensual sonrisa y ella, sin apartar la mirada de sus ojos, abarcó su endurecido sexo con delicada firmeza. Luego, sonriendo con picardía, se lo acarició dibujando con el pulgar una «ese», tal y como recordaba que le gustaba. La reacción fue instantánea y Starr decidió colocarle el preservativo.

David la tomó con firmeza por las caderas y la hizo elevarse levemente. Ella apoyó las manos en sus hombros y con un suspiro, echó la cabeza hacia atrás. Estaba lista. Húmeda. Expectante. Pero David no se movió hasta que Starr se dio cuenta de lo que quería.

Había cerrado los ojos y deseaba que los abriera. Así lo hizo y los clavó en él con la mirada turbia de deseo. La luna iluminaba el rostro de David, que apretaba la mandíbula con fuerza. Tener tanto control exigía una gran concentración.

—Ahora —exclamó ella, jadeante.

En cuanto las palabras escaparon de su boca, David alzó las caderas y entró en ella con una familiaridad que emocionó a Starr hasta el punto de que los ojos se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó él, quedándose quieto.

Starr sólo pudo asentir con la cabeza.

David la besó y salió de ella lentamente antes de volver a entrar, y repitió el movimiento de vaivén hasta que sus cuerpos se acompasaron y Starr perdió la noción de la realidad, seducida por sus besos y por su lengua, con la que reproducía los movimientos del acto amoroso.

Starr se aferró a él, se restregó contra él, entregada totalmente al instante para no escuchar una vocecita en su interior que le decía que tal vez aquélla sería la última vez.

Siempre habían hecho así el amor, como si fueran los últimos instantes de su vida. No sabían hacerlo de otra manera. Starr continuó asiéndose a él, clavándole las uñas como si arañara a su adverso destino y luchara por compartir con aquel hombre algo más que unos momentos robados. Y, al hacerlo, se sintió más que nunca como la niña cíngara que, en el fondo, seguía siendo, decidida a arrancar al mundo lo que pudiera, ya que nadie la ayudaría a alcanzarlo.

Y sin embargo tenía entre sus brazos a aquel hombre excepcional. El hombre que había dominado sus sentimientos durante años. Separó su boca de la de él y ocultó el rostro en el hueco de su cuello, entregándose a las sensaciones. Creyó oírse decir algo, pero no fue capaz de comprender sus propias palabras, como tampoco comprendió las que pronunció él. Aun así, el tono de su voz bastó para transmitir la intensidad de su deseo, y saber que lo perturbaba tanto como él a ella, la excitó más que cualquier caricia íntima.

Su espalda se arqueó cuando se dejó llevar, y las estrellas del firmamento se confundieron con las que veía proyectadas en sus párpados. Sólo fue consciente de la pulsante sensación que la recorría de arriba abajo hasta que colapsó como un peso muerto sobre él, exhausta. El gemido de plenitud que escapó de la garganta de David reverberó en su interior y la arrastró una vez más a la plenitud.

Hubiera dado cualquier cosa porque pudieran quedarse para siempre tal y como estaban, envueltos en una manta bajo el inmenso cielo del desierto.

Starr se ciñó al cuerpo la sábana de refinado algodón egipcio de la cama del hotel. Se alegraba de haber hecho el amor la primera vez en el desierto, en un terreno neutro.

Aquel hotel de lujo, de exquisitas sábanas y sirvientes con librea sólo servía para recordarle el abismo que los separaba. Y por más que intentaba no dejarse atrapar por ese pensamiento, lo cierto era que no lograba recuperar el estado de despreocupado bienestar que había sentido antes de llegar al hotel.

Se llevó las rodillas al pecho y asumió que no llegaría a sentirse cómoda en aquel sofisticado ambiente.

—Siento que hayas pagado dos habitaciones cuando sólo vamos a usar una.

—El dinero no tiene importancia.

David se apoyó en el costado y enredó un dedo en un mechón de cabello de Starr. El sí parecía relajado y cómodo en aquella inmensa cama de roble. A su espalda, sobre la mesilla, había un ramo de lilas y tulipanes que impregnaban el aire de su aroma.

—El dinero siempre importa —le contradijo Starr, cubriéndose el pecho con la sábana—. No debe despilfarrarse.

—Si te sirve de consuelo, piensa que habrá servido para que alguien pueda pagar sus facturas. Pero si te sientes muy culpable, siempre podemos hacer el amor en las dos camas.

—Sí, y en las dos duchas... —dijo ella, a la que siempre divertían las perversas sugerencias de David.

—Exactamente —dijo él. Y, metiendo la mano por debajo de la sábana, acarició la cadera de Starr—. Por no mencionar el sofá y la alfombra.

—¡Eres terrible! —dijo ella, fingiéndose indignada—. Seguro que sueles tomarte todo el minibar.

—¿Esa es una pregunta—trampa?

Starr se dejó caer sobre las almohadas con un resoplido de exasperación.

—Pareces de otro mundo —tiró del brazo de David—. Los precios del minibar son exorbitantes. Yo no podría pagarlos.

—Esta noche, sí —David se sentó y apoyó los pies en el suelo. Una corriente de brisa se coló por debajo de la sábana—. ¿Te apetecen unas carísimas gominolas?

—No necesito que me hagas demostraciones de cuánto eres capaz de gastar —dijo Starr, asumiendo que le tomaba el pelo.

—¿Estás segura? —David hablaba dándole la espalda y con ello aumentaba la irritación de Starr por la inconsciencia que demostraba —. Juraría que...

O quizá sólo pretendía provocarla.

—Tengo la impresión de que te estás riendo de mí.

David se volvió con una bolsa abierta de gominolas en la mano y se las echó en el torso.

—¡David! —gritó ella.

Era propio de David cubrirla de gominolas y no del champán que tenía en una cubitera a su lado. Ysi actuaba así era porque sabía que a ella le divertiría mucho más y le haría reír. Starr se estremeció de placer y ansiedad al darse cuenta de cuánto la conocía. ¿Qué sucedería si pretendía estrechar la distancia que los separaba?

David se puso a horcajadas sobre ella.

—¿Te he dicho alguna vez que me encanta comer golosinas caras encima de una mujer desnuda? —se agachó y atrapó una gominola del ombligo de Starr. Después de mordisquear un par más, se dejó caer sobre el costado riendo tanto como Starr. Cuando la risa cesó, David le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Una vez más, había logrado que Starr se relajara. Era un hombre excepcional.

—¿Cuando eras pequeñas sufrías por no tener dinero? —preguntó él.

—Más que sufrir por no tenerlo, me angustiaba que todo lo que hacía mi familia estaba relacionado con conseguirlo —dijo Starr, dibujando círculos en el pecho de David—. Y en casa de tía Libby tampoco nos sobraba porque siempre había un montón de chicas a las que cuidar.

—Llegaste con diez años, ¿verdad?

—Lo sabes perfectamente, así que si hay algo que quieras saber, será mejor que lo preguntes directamente —dijo Starr, aunque, si era sincera, tenía que reconocer que en varias ocasiones él le había preguntado y ella había evadido las respuestas. Desde pequeña se le había dado bien crear historias falsas con las que evitaba sentirse humillada cuando las contaba a sus compañeras de clase.

—Está bien, confieso que siento curiosidad por las razones que te trajeron a Charleston —David deslizó el dedo por el costado de Starr hacia la cadera y lo subió hasta la curva de su pecho—. Quiero saber las cosas que debía haberte preguntado a los diecisiete años, pero que no te pregunté porque sólo pensaba en desnudarte.

—Y así vuelvo a estar después de todos estos años.

—No he dicho que ya no me interese desnudarte, sino que quiero saber más cosas sobre ti.

Los preciosos ojos azules de David la contemplaban con tal expresión de honestidad que Starr no pudo dudar de sus intenciones. Aun así, no estaba segura de cuánto de su pasado quería compartir. De adolescente, su familia le daba demasiada vergüenza como para hablar de ella. En la actualidad, temía la reacción de David si le contaba toda la verdad. Era capaz de cometer cualquier locura y poner en riesgo su carrera profesional.

Tras reflexionar unos segundos, Starr optó por referirse a sus primeros años con la tía Libby.

—Al principio hubo bastantes complicaciones. Como estaba

convencida de que me echaría, decidí que fuera cuándo y cómo yo quisiera. Al cabo de una semana, le robé un marco de plata que había heredado de su madre y lo escondí debajo del colchón.

David le tiró de un mechón del cabello a modo de reprimenda.

—Menuda raterilla —comentó.

—Así es. Para cuando cumplí cinco años sabía robar carteras. La tía Libby encontró el marco antes del mediodía. En perspectiva, pienso que debía haber tratado con chicas mucho peores que yo. Lo cierto es que, en lugar de echarme, tal y como yo había previsto, me castigó sin tiempo libre y tuve que limpiar toda la plata de la casa.

—Debía ser una mujer muy sabia.

—Me llevó algunos meses darme cuenta de que estaba dispuesta a aguantar lo que hiciera falta mientras yo la necesitara, pero que eso no significaba que fuera débil.

—Ojalá hubiera pasado más tiempo con ella.

Starr sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Apartó la mirada de David y tiró de la sábana hacia arriba.

—No pertenecía al círculo de amistades de tu madre.

—Por eso mismo —David la obligó a mirarlo—. Dice mucho a su favor.

Starr se encogió de hombros. No quería ponerse a la defensiva.

—La provoqué y tensé la cuerda hasta el día en que me aterrorizó darme cuenta de que quería quedarme —la admisión escapó de su boca a pesar de que una voz le decía que no proporcionara información que pudiera ser utilizaba en su contra—. Era maravilloso tener una madre que cuidara de mí y a la que le importaba cómo me iba en el colegio. En cuanto posees algo bueno en la vida temes perderlo —Starr tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta—. Así que rompí su joyero de porcelana.

—Deduzco que no eras particularmente torpe.

Starr negó con la cabeza.

—Siempre fui muy cuidadosa por miedo a enfadar a los adultos. La tía Libby recogió los pedazos en silencio y, sin tan siquiera mirarme ni dirigirme la palabra, salió de la habitación —la emoción le atenazó la garganta—. Una de las niñas acogidas me dijo que el joyero se lo había regalado su novio, quien había muerto en la guerra de Corea.

—¡Vaya! —David la estrechó con fuerza y le acarició el cabello—. Tú no podías saberlo.

—La oí llorar —Starr frotó la cara contra el pecho de David para contener las lágrimas.

—Sigues sintiéndote culpable a pesar de que han pasado casi diecisiete años —David le tomó la barbilla y la obligó a mirarlo—. Cariño, me gano la vida distinguiendo entre culpables e inocentes, y te aseguro que tienes que liberarte y cortar lazos con los que te hicieron

sufrir y todavía aparcan sus caravanas al lado de tu casa.

Starr sintió que la espalda se le tensaba y se apartó de David. No estaba segura de querer ver las cosas desde esa nueva perspectiva.

—¿Te importaría no llegar a conclusiones y dejar que siga contándote lo que pasó? ¿No sabes que las mujeres necesitamos más palabras que los hombres para explicarnos?

—Está bien. Parece mentiraque me dedique a interrogar a la gente —David se incorporó y la tomó en brazos sobre su regazo—. Sigue hablando.

Starr se sintió protegida y segura. David olía tan bien...

—Reuní todo el dinero que tenía y compré un juego de pinturas. Como ya no me quedaba suficiente para una caja de porcelana, un amigo me hizo una de madera y la pinté —suspiró profundamente y creyó oler las pinturas y sentir el tacto de la madera en sus manos —. Hice un precioso paisaje marino, entre realista y romántico... Así fue cómo descubrí que tenía talento para la pintura, que podía destacar en algo —sonrió con melancolía—. La tía y yo lloramos como locas y luego nos reímos y celebramos el descubrimiento. La tía Libby tenía una habilidad especial para conseguir que cada niña descubriera qué se le daba especialmente bien.

Starr se acurrucó en el pecho de David y pensó que podría pasar allí el resto de su vida.

—No sé cómo explicar a alguien como tú lo que eso significaba.

—¿A alguien como yo? —preguntó David, desconcertado.

Starr pensó que había dicho algo inoportuno, pero ya no podía dar marcha atrás.

—Quiero decir a alguien que, desde su nacimiento, sabe qué lugar ocupa en el mundo, alguien que se siente valorado desde el primer momento —Starr sacudió la cabeza. Se sentía más avergonzada de lo que había estado en mucho tiempo.

Cuanto más hablaba de sí misma, más dificil le resultaba. David le acarició la nuca.

—Continúa.

Starr tragó saliva.

—¡Caramba, señor agente especial, tengo que reconocer que estás mostrando una gran sensibilidad!

—Mi trabajo consiste en entender a las personas, y no puedo explicarme por qué comprenderte a ti no ha sido mi prioridad número uno. De hecho, me doy cuenta de que me he esforzado por...

—¿Mantenerte lo más distante posible a la vez que me desnudabas?

En lugar de contestar, David se limitó a apoyar la barbilla en la cabeza de Starr a modo de asentimiento.

—Pues voy a seguir —dijo ella, con la certeza de que para llegar a

aclarar lo que había entre ellos tenían que dejar de esconderse el uno del otro. No estaba segura de si la conversación acabaría uniéndolos o separándolos para siempre, pero sabía que tenían que llegar hasta el final—. Casi todas las niñas proveníamos de medios en los que preferías pasar desapercibida. Yo lo pasé mal, David, pero algunas de las historias que oí me helaron el corazón.

—¿La de Ashley?

—Por ejemplo —Starr conocía un montón de versiones: niñas que habían encontrado familias que las adoptaran, otras que volvieron a sus casas una vez la situación mejoró, pero que pronto volvieron a encontrarse en la calle...

Starr intentó dejar de pensar en las injusticias del mundo y concentrarse en lo positivo.

—Desde luego que los padres de Ashley ocuparían los primeros puestos en la lista de crueldades. Cuando descubrieron que tenía problemas físicos, prefirieron abandonarla a cuidar de ella, pero con nosotras ha encontrado una familia y un hogar. Y, ahora, gracias a nuestro apoyo, ha conseguido graduarse.

—Igual que hubierais querido hacer Claire y tú. Starr se encogió de hombros porque no estaba dispuesta a dar cabida a un sentimiento que mortificaría Ashley.

—Cariño, puede que tengas razón y que todas esas historias conseguirían romperme el corazón —David la colocó sobre la cama, a su lado y la miró fijamente—. Pero en este momento, la tuya es la que más me afecta.

Starr le sostuvo la mirada y se preguntó si alguna vez sería capaz de negarle algo a aquel maravilloso hombre.

Capítulo 9

David acarició el cabello de Starr y la observó dormir. No tenía prisa por despertarla. Pronto podría reanudar la campaña para persuadirla de que lo acompañara en sus viajes, aunque la tarea no parecía tan fácil como había creído cuando organizó el plan de estar a solas con ella.

Apagó el teléfono y lo dejó en la mesilla. Había sido una suerte que Starr no lo oyera. No necesitaba saber que habían detenido a su madre para interrogarla, aunque finalmente quedara en libertad. Aparentemente, la relacionaban con el robo de una cartera, pero Gita había argumentado que en realidad había intervenido para atrapar al ladrón y que, al huir, éste había dejado caer la cartera que ella llevaba encima para entregarla a su legítimo dueño. Salió libre de la comisaría por falta de pruebas.

David no conseguía comprender por qué Starr, que era la mujer más inteligente y atractiva que conocía, padecía complejo de inferioridad. Y tenía claro que iba a ser una ardua tarea ayudarla a superar el infierno que había sufrido en su infancia. Aun así, confiaba en su propia habilidad y recursos. Pero, por el momento, prefería darse un tiempo con el que quizá no contaba, y olvidar que habían tenido problemas en el pasado y que debían tomar decisiones respecto al futuro.

La luz del amanecer se filtraba por las ventanas iluminando la piel de Starr que tanto adoraba. La primera vez que lo habían hecho la noche anterior, en el desierto, había sido una experiencia extraordinaria. Entre otras cosas porque, aunque no se lo hubiera confesado a Starr, ella era la última mujer con la que había estado, hacía ya más de un año.

Llevaban toda la vida jugando a ocultarse información. Por eso a David no le extrañaba que Starr todavía no le hubiera dicho por qué exactamente la habían llevado a casa de Libby Sullivan.

Starr era la persona más escurridiza que conocía, y eso que había interrogado a los más avezados delincuentes. Además, no quería que se sintiera acorralada.

Sin embargo, ansiaba saber más cosas de ella y dudaba de que se le presentara una mejor oportunidad que aquélla para obtener información que luego podría usar para convencerla. Y, cuanto más tiempo pasaba con ella, más acuciante era la necesidad de convencerla.

Había sido un ingenuo al creer que un par de días con ella bastarían, así que tendría que inventarse algo para conseguir que se tomara más tiempo libre y accediera a pasar más tiempo lejos de su adorado restaurante. ¿Por qué no se daba cuenta de que no era más

que un edificio de ladrillos y madera?

Había confiado en que hacer el amor en el desierto le hiciera reflexionar sobre todo lo que se perdía al ceñirse a los límites de su casa.

Starr suspiró y se revolvió a su lado. David dejó de acariciarle el cabello para no despertarla. Quería seguir contemplándola. Sólo se habían despertado juntos el año anterior, cuando pasaron un fin de semana juntos. De adolescentes, nunca se lo habían podido permitir.

Starr apartó las sábanas, se giró de costado y tiró de la sábana hasta cubrirse los senos. A continuación giró una vez más hasta quedarse boca arriba, con el cuello arqueado.

David decidió que sólo un santo podría resistirse a una diosa.

—Buenos días, cariño —susurró, y le besó el cuello.

—Mmmmm —replicó ella, alargando la mano para acariciarle el pecho y girando la cabeza para facilitarle el acceso.

David se dijo que no le importaría despertar— se con Starr más a menudo. Pasó una pierna sobre las de ella y le acanció los senos. Starr se revolvió.

—Buenos días —dijo, y le dio un rápido beso en el hombro antes de deslizarse hacia un lado y ponerse de pie—. Voy a cepillarme los dientes.

Por la brusquedad con la que habló, David dedujo que no se despertaba de buen humor y sonrió al haber averiguado un detalle tan íntimo. Tomó una segunda almohada e, incorporándose, se apoyó en el cabecero a esperarla. Starr salió del baño, subió en la cana y, tras darle un beso en los labios, se metió debajo de la sábana.

—¿Quieres que pidamos el desayuno aquí o prefieres comparar el bufé de hotel con el vuestro?

—Teniendo en cuenta que estoy de vacaciones, creo que debería inclinarme por el servicio de habitaciones.

—Así me gusta —dijo él, acariciándole el cuello con la nariz antes de llamar y pedir el desayuno. hubiera querido hacerle el amor de inmediato, pero decidió esperar—. ¿Sabes, nena? Por más que me cueste controlarme, no me apetece que nos interrumpa el camarero.

—Siempre podemos mandarle por más comida.

Al sentir la mano de Starr ascendiendo por su muslo, David tuvo la tentación de dejarse llevar, pero el recuerdo del incomparable placer que habían obtenido la noche anterior gracias a la espera, le hizo cambiar de opinión. Por otro lado, podía ser un momento ideal para conseguir que Starr hablara de sí misma.

David le sujetó la muñeca cuando estaba a punto de llegar a su meta, justo antes de que Starr pudiera convencerlo de cualquier cosa, incluso de que no necesitaban comer en todo el día.

—Todavía no —susurró—. Pero te prometo que haré que la espera

valga la pena.

Starr apartó la mano y lo miró con ojos entornados al tiempo que se cruzaba de brazos con una expresión enfurruñada que hizo sonreír a David.

Starr le dio con una almohada.

—No deberías reírte de mi sufrimiento.

—¿Tu sufrimiento? ¿Me deseas tanto que sufres? —dijo él, y esquivó el siguiente golpe de Starr con una sonrisa de oreja a oreja.

No podía negar que le encantaba despertar un deseo tan intenso en aquella mujer, que, por su parte, podía hacer de él lo que quería con sólo mirarlo o tocarlo.

Le dejó descargar unos cuantos golpes con la almohada antes de sujetarla por la cintura e inmovilizarla para hacerle cosquillas y besarla.

David separó sus labios de los de ella y le susurró al oído:

—Me vuelves loco desde el primer día que te vi.

Starr se quedó quieta.

—Parecías tan seguro de ti mismo que jamás lo hubiera adivinado.

Aunque David era consciente de que había hecho lo posible por disimular, le costaba creerlo y, una vez más, deseó poder meterse dentro de su cabeza.

A pesar de que nunca hablaba de sí mismo, pensó que lo menos que podía hacer era compardr con Starr alguna anécdota personal. Además, solía ser una buena estrategia durante los interrogatorios.

Enredó un dedo en el cabello de Starr.

—Sólo ha habido otra mujer que me impusiera tanto respeto como tú.

—¿Tu madre?

David sacudió la cabeza.

—Tu tía Libby.

—¿Por qué?

—Porque sabía lo que había entre nosotros.

—¿Cómo que lo sabía? —Starr lo apartó de sí y se tapó con la sábana como si la tía Libby pudiera verlos en aquel mismo momento —. ¿Sabía que iba a escondidas a tu dormitorio?

David nunca había entendido cómo la tía Libby consiguió sacar adelante a tantas chicas y sentía por ella una enorme admiración.

—Desde luego que sí, cariño.

—¿Y por qué nunca me dijo nada?

—Porque eres más cabezota que una mula.

—Muchas gracias. Creo que es el mayor piropo que me han dicho en la vida. Ya nunca podré rechazar una de tus invitaciones.

David consideró la posibilidad de disculparse, pero optó por decir la verdad. Una relación basada en mentiras, por muy piadosas que

fueran, no valía la pena.

—Puesto que creciste entre mentiras, pensaba que preferirías que fuera sincero.

Starr trazó con el dedo la línea de la clavícula de David y éste, como siempre que ella lo tocaba, se excitó automáticamente. Le tomó la mano y le dio un beso en la palma para mantener el dominio de sí mismo.

Llamaron a la puerta.

David le besó la muñeca y dijo:

—No te muevas. Enseguida vuelvo.

Se puso en pie, sacó unos pantalones de pijama de su maleta y fue hacia la puerta.

Starr era más difícil de convencer de lo que esperaba. Pero debía haber sabido que, con ella, nada era predecible. Él no se daba por vencido fácilmente. Se había prometido sacar el máximo provecho de aquellos dos días y pensaba conseguirlo costara lo que costase. Aun cuando para ello tuviera que hacer algo mucho más difícil que organizar una excursión en avión privado. Incluso estaba dispuesto a practicar el deporte favorito de las mujeres: compartir sentimientos. Yeso que sólo pensarlo le causaba un escalofrío.

Starr extendió mermelada de frambuesa en su tostada sin dejar de observar a David, al otro lado de la mesa. ¿Qué pretendía?

A pesar de que había estado absolutamente encantador desde que se habían sentado a desayunar, estaba segura de que maquinaba algo.

¿Qué pensaba obtener de aquellos dos días, aparte del sexo?

Tragó un bocado y dio un sorbo al zumo de naranja.

—Volvamos a hablar de la tía Libby y de mi testarudez. Estoy dispuesta a admitir que cuando tengo un objetivo me olvido de pensar en los demás.

David asintió con aire aristocrático.

—Yo también soy de ideas fijas y algo rígido. Pero tu tía Libby sabía que contigo era particularmente...

Starr nunca le había visto titubear. ¿Sería que no encontraba la palabra o que no quería molestarla?

—Flexible —concluyó David—. Me plantó cara y consiguió asustarme.

Starr no daba crédito a que David admitiera haber tenido miedo de una mujer que, aunque tenía una increíble personalidad, distaba mucho de resultar físicamente amenazadora. La memoria debía estar fallándole.

—¿Cómo pudo atemorizarte?

—Libby Sullivan era una mujer muy astuta —David llenó la taza con café—, y sabía cómo crear el escenario ideal para un interrogatorio. Me citó en su terreno y permaneció varios peldaños

más arriba que yo en las escaleras del porche mieneras me sometía a un tercer grado.

—¿Amenazó con decírselo a tu madre? —de haber sido así, no cumplió su amenaza, ya que la madre de David no se había enterado hasta la fiesta de graduación. Su reacción altanera y despectiva había arruinado una noche maravillosa, y diez años más tarde, Starr seguía sin perdonárselo.

—Como si eso hubiera servido de algo... —respondió David con un desdeñoso encogimiento de hombros, propio de un hombre que podía conseguir todo lo que quisiera.

Y la quería a ella.

Starr estuvo a punto de atragantarse al darse cuenta. ¿No le importaba lo que pensara su madre? A ella le preocupaba su madre y él, sin embargo, era capaz de ignorarla con una sacudida de hombros. Starr tardó unos segundos en asimilar la información y darse cuenta de que era responsable de haber dejado que la señora Hamilton—Reis se aprovechara de su vulnerabilidad.

Consciente de que David le estaba confesando cosas trascendentales y no debía perderse ni una palabra, se concentró en lo que le decía.

—Libby me dijo que te estaba haciendo mucho daño al obligarte a actuar a escondidas, que ya habías pasado demasiado tiempo en la sombra, sintiéndote avergonzada, y que merecías sentirte orgullosa de ti misma —David observó el asa de la taza detenidamente antes de beber. Era evidente que aquel episodio le había perturbado.

Las piezas del puzzle empezaban a encajar.

—Por eso me pediste que te acompañara al baile —dijo Starr. Todo parecía lógico, y saber que habían tenido que empujarle a hacerlo resultaba doloroso.

—No, te lo pedí antes.

Starr respiró aliviada. Aunque sabía que no debía dejar que algo que había sucedido hacía tantos años la afctara tanto, lo cierto era que lo hacía.

—Antes de hablar con ella ya había decidido que debíamos tener una cita formal. Pero, como de costumbre, no fui capaz ni de esperar a la cena. Durante mucho tiempo he intentado justificar mi falta de contención por una cuestión de hormonas adolescentes, pero lo cierto es que ahora que soy un adulto, sigues excitándome tanto como entonces.

Aquellas palabras hicieron que Starr sintiera un intenso calor. ¿Podía contarse como una segunda declaración de vulnerabilidad por parte de David? Probablemente, no. Después de todo, sabía que la impulsiva pasión que acababa de confesar era totalmente recíproca.

—Apenas tuvimos tiempo de quitarnos la ropa cuando volviste de

aquel prestigioso colegio interno al que te mandaron.

—Tú habías crecido tanto... ¡Dios mío, cuánto habías crecido!

La ardiente mirada con la que David acompañó sus palabras despertó en Starr el deseo de hacer el amor a pesar de que la noche que acaban de pasar debía haberla dejado completamente saciada. ¿Cómo podía una sola mirada bastar para que una mujer a la que todavía le dolían los muslos quisiera más?

—Tú también —Starr admiró su musculoso torso, preguntándose si alguna vez llegaría a cansar— se de mirarlo—. ¿Qué hiciste después de la conversación con la tía Libby?

—Te pedí que vinieras a la universidad conmigo y me acompañaras a recorrer el mundo —David le tomó un mechón de cabello y, sonriendo con picardía, lo utilizó para acariciarle el escote —. Y te lo vuelvo a pedir

¿Por qué siempre la distraía con insinuaciones? Starr se dio cuenta de que cada una de sus ofertas había ido acompañada de un contacto fisico. Lo miró fijamente y tomó aire para reprimir la excitación que despertaba en ella con sólo rozarla.

—No ha cambiado nada, David.

—Te equivocas. Entre otras cosas, somos mayores. Podrías aprender arte en lugar de mirarlo en los libros.

También sabía dar golpes bajos sin necesidad de tocarla. Como no había podido ir a la universidad, había aprendido todo lo que sabía de historia del arte por su cuenta. Y lo cierto era que, especialmente viviendo en un vecindario en el que abundaban los universitarios, sentía a menudo el impulso de continuar sus estudios y superar su complejo de inferioridad intelectual.

Pero nadie podía decir que no hubiera tenido éxito. Había sacado adelante un negocio próspero y, aunque hacía algo de artesanía por puro placer, sus paisajes se vendían muy bien en la tienda.

David se inclinó hacia ella y Starr, como de costumbre, sintió que el calor de su cuerpo la envolvía.

—Podríamos hacer el amor en lugares más exóticos de los que puedas imaginar —susurró él, contra sus labios.

La proposición era atractiva, cómo negarlo. Pero, ¿qué sucedería cuando se cansara de viajar y quisiera volver a casa? Por las escasas visitas de David, sabía que sus calendarios diferirían en varios meses.

¿Y dónde quedaba la estabilidad?

Por más que no quisiera pensar en el amor que sentía por él, lo cierto era que David había ocupado su corazón desde que tenía uso de razón. Y amándolo como lo amaba, estaba segura de que más tarde o más temprano querría todas las cosas que acompañaban a ese sentimiento: matrimonio, hijos, nietos...

Se quedó sin respiración.

Acababa de cometer un gran error. Pasar un par de días juntos sólo había servido para complicar aún más las cosas y abrir viejas heridas del pasado. Seguía amando a David, pero él se mantenía fiel a su proyecto de vivir en la carretera. Arrastrarla en aquella romántica excursión no había sido más que una excusa para convencerla de que se amoldara a su estilo de vida.

Sin embargo, quizá no debía precipitarse. Tal vez, en lugar de ponerse como una furia, valía la pena demostrarle que ya no era la adolescente vulnerable del pasado.

Si David quería demostrarle las ventajas de su modo de vida, ella jugaría sus propias cartas.

Capítulo 10

David posó la mano en la parte baja de la espalda de Starr al subir las escaleras de su casa a la vez que se decía que debía tener paciencia. Si había conseguido negociar treguas entre grupos combatientes en territorios hostiles, podría lograr que una mujer le diera una segunda oportunidad.

Durante la comida, Starr le había dicho que prefería posponer la conversación hasta volver a casa.

Cuando llegaron a Charleston, Starr se había enterado de que la madre de David estaba en el médico y había insistido en que quería unas copias de las fotografias que les habían sacado en la fiesta de graduación. Según decía, las que tenía ella se habían estropeado por culpa de una gotera.

David creía recordar que las suyas estaban en un baúl, en el ático. Ya había hecho una llamada al departamento de policía para ver si había alguna novedad en el caso de las tarjetas de crédito y habían quedado en mandarle las grabaciones de las cámaras de seguridad del centro comercial.

Entre tanto, le tranquilizó ver que Starr evitaba a sus familiares.

Cerró la puerta y, al volverse hacía ella, vio que observaba el vestíbulo detenidamente. Aunque no era la primera vez que entraba en la casa, lo cierto era que había ido en contadas ocasiones. David intentó ver la casa a través de sus ojos sin éxito. Para él, estaba demasiado mezclada con los ecos de la áspera y fría voz de su madre, y con los portazos de su padre saliendo airadamente tras discutir con su madre y dejarla con la palabra en la boca… llorando.

Para él, aquella casa era sinónimo de oscuridad. Aun con todas las cortinas abiertas, resultaba deprimente y sombría.

Starr se volvió.

—Es una casa verdaderamente maravillosa.

David masculló algo al tiempo que posaba la mano sobre una pieza de bronce en forma de león, que de pequeño había protagonizado muchas de sus pesadillas.

—¿No estás de acuerdo? —insistió ella.

David dio una palmadita al león.

—Es asfixiante.

—Sólo porque tu madre conserva una decoración muy recargada y cortinas de terciopelo y brocado.

David miró a su alrededor con el ceño fruncido. Era posible que Starr tuviera razón, pero le costaba creer que una capa de pintura pudiera borrar la marca de su violento padre.

—¿Tú qué harías?

—Quitaría las cortinas y las sustituiría con contraventanas y

visillos. Necesita más aire. No tiene sentido vivir frente al mar y no poder contemplarlo.

Starr se detuvo y observó unas fotografias que había sobre la repisa de la chimenea y el cuadro al óleo que la coronaba. Sobre el piano, que nadie tocaba pero que la señora Hamilton consideraba una pieza de decoración fundamental, había más fotografias.

—Continúa —la animó David, aunque en realidad disfrutaba más del sonido de su voz que de lo que decía. Aunque dudaba de que la casa pudiera salvarse, si alguien podía hacer algo por ella, era Starr—. ¿Qué más harías?

Starr sacó del bolsillo una goma y se recogió el cabello como si fuera a ponerse a trabajar.

—No creo que te guste la idea, pero yo quitaría la mitad de los muebles y pintaría el resto en tonos más claros.

—Eso le devolvería la vida —comentó David. Por él, y de no ser porque a su madre le daría un ataque al corazón, podía empezar deshaciéndose de los leones—. ¿Por qué has dicho que la idea no me gustaría?

Starr tamborileó el dedo junto a unas fotografias.

—Porque me cuesta creer que alguien quiera deshacerse de aquello que pertenece a su familia desde tiempos remotos.

—Quizá yo no lo vea de la misma manera porque siempre ha estado ahí.

Starr se fijó en una fotografia de David, de pequeño, con sus padres.

—Me hubiera gustado conocer a tu padre.

David farfulló algo. No era un tema del que le apeteciera hablar particularmente.

—Vamos —hizo una señal hacia un corredor—. Las escaleras al ático están por ahí.

—Debió ser muy duro perderlo tan joven. Eso te obligó a convertirte en el hombre de la casa cuando no eras más que un adolescente.

David se resignó a continuar con el tema que hubiera preferido evitar.

—Puede que tengas razón —dijo, suspirando—, pero tampoco fue especialmente dramático. No tuve que dejar el colegio para mantener a mi familia, ni nada por el estilo. Mi padre nos dejó una cuantiosa herencia y un eficaz albacea que se ocupó de todo hasta que yo cumplí la edad estipulada para hacerme cargo personalmente.

—¿Y qué edad era ésa?

—Los veintiún años.

Starr vaciló al pie de las escaleras del ático.

—¿Te hiciste responsable de la herencia cuando ni siquiera habías

terminado la universidad?

—Pedí al albacea que continuara administrándola durante unos dieciocho meses más —David pasó delante de ella y tiró de una cadena para encender la luz del ático. Tres bombillas desnudas iluminaron la polvorienta estructura de forma triangular; la luz del exterior se filtraba por una ventana circular a cada extremo de la habitación.

—Después —continuó David—, acabé llevándolo ajuicio porque discutimos sobre ciertas inversiones. Para mi gusto, era demasiado conservador.

—Ser conservador no es necesariamente malo.

David la miró de arriba abajo mientras ella lo seguía por las estrechas escaleras que daban acceso al ático.

—Cuesta creer esas palabras en boca de una mujer que lleva una chaqueta con flecos rosas y unos vaqueros morados.

—En lo que toca a mi economía, soy extremadamente frugal —dijo ella, altiva.

—Eso está muy bien. Pero una cosa es ser frugal o moderado, y otra dejarse dominar por la parálisis —le tendió la mano para ayudarla a subir el último peldaño—. Tal y como estaba haciendo las cosas, mi madre no iba a poder mantener el nivel de vida al que estaba acostumbrada. Si sólo hubiera sido por mí, me habría importado un... Me hubiera dado lo mismo.

David se paseó entre varios baúles polvorientos y los bastantes muebles como para decorar una casa completa, hasta que encontró el baúl que buscaba.

—Yo gano mi propio dinero. Todo lo demás es un extra que he heredado, pero del que no me siento particularmente orgulloso. Aun así, es mi deber velar por los intereses de mi madre. Es la única gratificación que le queda después de lo que mi padre le hizo pasar.

David apretó los labios. Había dicho más de lo que pretendía y para disimular, se concentró en abrir el candado del baúl con una ganzúa que llevaba en su llavero, una de sus herramientas de agente secreto.

—¿Qué has querido decir con «lo que le hizo pasar»? —preguntó Starr, sentándose en un caballito de madera.

—Nada.

—Si no significara nada, no lo habrías dicho —Starr acarició la crin de lana del caballito—. Creía que habíamos quedado en ser sinceros el uno con el otro.

David seguía sin saber el motivo concreto que la había llevado a casa de la tía Libby y aunque sabía que podía sonsacárselo a los Cimino, quería oírlo de sus labios.

—Me refería a las horas que dedicaba al trabajo —dijo, fingiendo

que seguía manipulando el candado cuando había conseguido abrirlo al primer intento—, y al apoyo que ella le proporcionó para que él fuera subiendo en el escalafón social.

—Tonterías.

—¿Qué? —David miró a Starr desconcertado.

—Que mientes —Starr siguió acariciando la crin del caballo con aire distraído—. Puede que seas un interrogador excepcional, pero mientes fatal.

—No es verdad —era el mejor agente de su departamento. David abrió el baúl con brusquedad—. Puedo inventar mentiras extremadamente elaboradas. Más de una vez me han salvado la vida.

—Será que no sabes mentirme a mí.

Quizá ése no era más que uno de los muchos síntomas que explicaban por qué dos personas tan distintas entre sí como ellos se empeñaban en resolver sus diferencias y acababan dándose de cabezazos contra la pared.

David sacó un paquete de cartas del baúl y lo dejó en el suelo, delante de Starr. Le resultaba curioso ver la letra de su madre e imaginar que hubo un tiempo en el que sus padres eran novios. Era prácticamente imposible pensar en su autoritario padre cortejando a su madre.

Dejó a un lado varias carpetas antes de encontrar la que buscaba y se la pasó a Starr. Ella la tomó con manos temblorosas, abrió el cierre metálico y, lentamente, sacó un puñado de fotografias que fue estudiando una a una. David se inclinó para tomar las que iba dejando a un lado. Estaban tan jóvenes... Entonces, Starr llevaba el cabello más largo. El recordaba bien cómo caía sobre ellos, formando una cortina, la primera vez que hicieron el amor.

El vestido blanco que Starr llevaba en la fotografia acentuaba el tono cetrino de su piel y el negro de sus ojos y de su cabello. Podía haber sido un traje de novia como el que él solía soñar que llevaría algún día en su boda.

El, por supuesto, llevaba esmoquin, probablemente el primero que había tenido en su vida, a los diecisiete años. Sus padres habían planeado su futuro, que incluía seguir los pasos de su padre. Pero éste había muerto, dejándolo con un montón de sentimientos contradictorios respecto a su familia.

Dejó las fotografias sobre la carpeta. No tenía sentido ocultarle información a Starr. Pensando en su padre, se dio cuenta de que no quería perpetuar la frialdad emocional que lo había caracterizado.

—Mi padre era un insensible bastardo. Sólo le importaba el dinero, el club, yjugar al golf con poderosos senadores. El apellido de mi madre fue el medio que utilizó para alcanzar ese fin. Y, supuestamente, yo debía heredar su legado.

Starr apoyó las manos en las rodillas y se inclinó hacia él en actitud alerta.

—Pero tú lo despreciaste y elegiste tu propio camino.

—Sí —David se inclinó hacia ella, mirándola fi— jamen te—. El ni siquiera se planteó que yo pudiera querer otra cosa. En casa nunca se hablaba de nada. Las cosas simplemente «sucedían». Pero no fue así conmigo. Le dije que no pensaba seguir sus pasos y le expliqué mis planes.

—¿Qué pasó?

—Me dio un bofetón y me puso un bolígrafo en la mano para que firmara unos documentos.

Starr lo miró expectante y abrió la boca como para hablar, pero se limitó a posar la mano sobre la de David. El tragó saliva, más emocionado que si le hubiera dedicado cualquier palabra de consuelo.

—Mientras sujetaba el bolígrafo en la mano, con la cara ardiendo, me di cuenta de que era la primera vez que mi padre me tocaba.

Con los ojos llenos de lágrimas, Starr le rodeó el cuello con los brazos y se sentó en su regazo.

—¡David, cuánto lo siento…!

Luego, lo besó antes de que David tuviera tiempo de mentir diciendo que tampoco era tan grave, cuando ambos sabían que sí lo era. Por supuesto que lo era.

Las lágrimas de Starr le humedecieron las mejillas y se mezclaron con el sabor de sus labios. David la abrazó y se refugió en ella, en el consuelo que su cuerpo le proporcionaba. Ella le acarició el rostro, los hombros y el pecho. David se alegraba de que hubiera comprendido que la comunicación sexual, aunque pudiera ser tachada de superficial, era lo que necesitaba como consuelo.

Starr siguió acariciándolo y besándolo hasta que David se dio cuenta de que le había ido empujando hacia atrás sobre el suelo. La dureza de la madera le hubiera resultado incómoda en cualquier otra ocasión, pero con una Starr tan tierna y entregada, le habría dado lo mismo dónde tumbarse con tal de que ella siguiera sobre él, palpándolo y susurrándole palabras dulces y provocativas.

—¿Cuándo viene tu madre?

—Ha ido de compras. Tardará al menos un par de horas en volver.

—Menos mal.

Y sin más, Starr le desabrochó los pantalones y David le quitó a ella los vaqueros.

—¿Tienes preservativos? —preguntó ella, levantando la mano con el billetero de David.

El frunció el ceño.

—¿Cuándo me lo has quitado?

—Recuerda que desde muy niña trabajé de ratera. Hay cosas que

nunca se olvidan.

David sabía que no debía reírse, pero no pudo evitarlo. Tomó el billetero, sacó un preservativo y se lo puso. Luego, jadeante, echó la cabeza hacia atrás y se la golpeó contra el suelo.

—¡Maldita sea! Me porto peor que un adolescente. Debería llevarte a una cama, dar tiempo a los juegos preliminares y...

Starr le tapó la boca.

—Esta vez no quiero preliminares, ya los tendremos la próxima —dijo, mirándolo con expreSión ardiente—.Te deseo. Sin demora. Ya.

Starr acompañó sus últimas palabras con un movimiento de las caderas. David echó a un lado la tira del tanga de encaje que los separaba y la penetró. Starr le clavó las uñas en el pecho y siguió moviéndose para encajarlo en su interior.

David ansiaba acariciarle la piel. Subió las manos por debajo de su camisa y le cubrió ambos senos. Starr dejó escapar un gemido y aceleró sus movimientos. Estaban rodeados de recuerdos de toda una vida. David pudo sentir un calor líquido bañándole el sexo. Volvió a darse con la cabeza en el suelo y tuvo que apretar los dientes. Quería controlarse, quería esperarla. La asió con fuerza por las nalgas y el empuje de sus caderas se incrementó, hasta que los dos gimieron yjadearon, y David supo que no podría aguantar más. Aun así, estaba empeñado en no adelantarse.

Deslizó la mano entre sus cuerpos, buscando su prieta y húmeda feminidad para acariciársela. En cuanto Starr asomó la lengua entre los dientes supo que ya estaba cerca. David se obligó a mantener los ojos abiertos para verla alcanzar el clímax. En cuanto colapsó sobre él, satisfecha y laxa, David cortó las amarras y se dejó arrastrar mientras de sus labios escapaba un profundo gemido que no fue capaz de enmudecer.

Y en ese preciso momento, se dio cuenta de que Starr era la única mujer con la que perdía el control emocional, y que, si alguna vez había creído lo contrario, era porque se había mentido a sí mismo. Tuvo que esperar a que el ritmo de su corazón se ralentizara para poder oír los sonidos que lo rodeaban. El primero de ellos, fue la respiración de Starr en su oído. Luego, el caballito de madera meciéndose sobre el suelo de madera; el aire acondicionado en el piso de abajo...

Y, al tiempo que estrechaba a Starr contra sí, David se dio cuenta de que se había estado mintiendo en muchos otros aspectos. Había creído que podría convencerla de que lo siguiera, pero de pronto fue consciente de que la conocía bien, y que viajar por el mundo no entraba entre sus sueños.

Ysi ésa era la realidad, ¿qué opciones le quedaban? ¿Qué podían hacer? Porque, si de algo estaba seguro en aquel momento de extrema

lucidez, era de que no estaba dispuesto a renunciar a Starr. No podía.

***

—Me doy por vencida —Starr le pasó el mando a distancia a su hermana—. No hay nada que valga la pena a estas horas.

—¿Por qué no te vas a la cama? Yo tengo que quedarme levantada hasta que vuelva a dar el pecho a la niña —Claire le hizo cosquillas en el pie a la pequeña Libby, que se mecía entusiasmada en un columpio —, pero tú no tienes por qué esperarme.

Starr sacudió la cabeza.

—Estoy demasiado cansada.

—¿Por el viaje o por el trabajo?

Por haber hecho el amor, pero a Starr no le apetecía compartir aquella confidencia con su hermana. De hecho, lo que verdaderamente la tenía exhausta, era la intensidad de lo que David le había contado.

Ya no le extrañaba que prefiriera estar el mayor tiempo posible lejos de su casa. Sus dos modelos afectivos habían sido una madre asfixiante y un padre emocionalmente indiferente. Durante años ella le había exigido que compartiera sus emociones sin darse cuenta de que David le estaba dando tanto como podía.

Se rascó la nariz y pegó una fotografía en su álbum de recuerdos. Claire alargó la mano por encima de la mesa de la cocina.

—¿Qué estás haciendo? ¿Un nuevo producto para la tienda?

—No, es para mí.

—Ya era hora de que hicieras uno de esos álburnes para ti. El que empezaste a Libby es maravilloso. Eres una artista con los colores. Siempre te he envidiado.

Starr dejó escapar un resoplido de incredulidad.

—Con lo organizada que tú eres podrías hacer uno de éstos sin dificultad.

—No es verdad. Una cosa es que tenga las fotografias ordenadas por fechas en cajas, y otra que fuera capaz de hacer un montaje artístico con ellas.

—Supongo que se tratan de características complementarias y que por eso somos tan buenas socias —Starr repasó las fotografias que le quedaban para elegir la que ocuparía el centro de la siguiente página. Finalmente, optó por una en la que aparecían ella y David junto a una hoguera—. El otro día estuve hablando con David de la habilidad que tenía la tía Libby para ayudarnos a descubrir nuestros puntos fuertes. ¡Dios mío, todavía doy gracias por haber tenido la suerte de acabar en esta casa!

Se quedó contemplando la fotografia mientras con el dedo seguía el perfil de los dos. Eran tan jóvenes. Hacía tanto tiempo... David le

pasaba el brazo por los hombros y ella sonría. Por primera vez se dio cuenta de las escasas ocasiones en las que él aparecía sonriente.

La voz de Claire logró atravesar la neblina de sus pensamientos.

—Yo también adoraba a la tía libby, pero los primeros años, mientras superaba el trauma de que mi madre biológica no fuera capaz de cuidar de mí, seguí deseando volver a una familia convencional. El hecho de que, a pesar de todo, mi madre no llegara a ceder sus derechos de maternidad se convirtió en una agridulce bendición. Ni me consideraba abandonada, ni podía sentirme libre. Me aterrorizaba perder el control de mi medio. He tardado años, y quizá no lo habría conseguido de no ser por la terquedad de un hombre concreto, en aceptar que puedo compartir mi vida con otra persona y crear con él la familia que tanto ansiaba tener.

¿Adónde pretendía llegar Claire? Siempre que entraba en uno de sus largos preámbulos era con un objetivo determinado, así que Starr se preparó a oír la moraleja.

—De nosotras, quizá Ashley es la que más ha padecido la sensación de abandono —continuó Claire—. Sus padres biológicos no quisieron aceptar sus problemas de salud —acarició a su hija como si quisiera asegurarse de que estaba bien—, y nadie quiso adoptarla.

Starr reflexionó sobre sus propios traumas y sus dificultades para confiar en los demás, preguntándose si, de haber sido Ashley, habría sido tan fuerte como ella.

—Le va a resultar muy dificil llegar a confiar en alguien lo bastante como para enamorarse —comentó.

Claire le lanzó una penetrante mirada. Starr se removió en su asiento y cerró el álbum bruscamente.

—Ahora que has resumido tu pasado y el de Ashley, supongo que pretendes que yo analice mi situación —dijo, por fin, sabiendo que su hermana no se daría por vencida.

Sin decir una palabra, Claire tomó a su hija en brazos y la colocó en su regazo para darle el pecho. Starr se preguntó si sería consciente de lo afortunada que había sido al encontrar la paz junto a un hombre bueno y un bebé adorable. Para ella, una vida tan tranquila y sin sobresaltos era un sueño inalcanzable—. Está bien —dijo, dejando el álbum a un lado—. De acuerdo, supongo que el hecho de que mi familia estuviera dispuesta a venderme por un trozo de pizza ha impedido que estableciera relaciones duraderas.

Sin que se le moviera ni un músculo, la sonrisa de Claire se desvaneció y dos grandes lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Lo que demuestra que son una panda de idiotas por no saber que eres la persona más maravillosa y excepcional del mundo.

—Gracias —Starr sintió un escozor en los ojos y alargó la mano para apretar afectuosamente la de su hermana—. Yo también te

quiero. Dime, ¿qué relación tiene todo esto con el hecho de que siga soltera?

—Reflexiona sobre el pasado. Haz un álbum de recuerdos mental y acuérdate. Montones de parejas quisieron adoptarte sin importarles tu edad. Eras una monada llena de energía. Nunca pasabas desapercibida. Siempre has sido atractiva —Claire volvió a sonreír al tiempo que arrugaba la nariz y sacudía la cabeza—. Y, sin embargo, tú siempre saboteabas tus posibilidades portándote como un diablo en el último minuto para asustar a tus futuros padres adoptivos. ¿Por qué crees que actuabas así?

Starr separó la silla de la mesa, fue al frigorífico y lo abrió para buscar algo. ¿Dónde se escondía un buen trozo de chocolate cuando una chica lo necesitaba?

—No creo que fuera porque estuviera ansiosa por volver a vender enciclopedias de casa en casa.

—Starr, estoy hablando en serio. Esto es muy importante —dijo Claire con firmeza.

Tras una pausa, Starr volvió a la mesa con un trozo de tarta sobre una servilleta y le dio un gran bocado para retrasar lo más posible pensar en una respuesta para una pregunta tan incómoda.

—Seguro que, aunque sea suhconscientemente, lo sabes, y por eso no quieres responder. Llevas mucho tiempo evitando este tema.

Starr dejó que aquellas palabras flotaran en su cabeza como si fueran imágenes de su álbum de recuerdos y tuviera que encontrarles el marco y el lugar ideal. Hasta que de pronto, todo adquirió sentido.

—No quería separarme de David.

Claire suspiró.

—Claro que no.

Su hermana hacía que resultara sencillo algo que le había costado comprender diez años.

—Creía que yo era la camarera que daba buenos consejos a la clientela —bromeó Starr.

—Será que te he sustituido lo bastante como para aprender un poco y llegar a mis propias conclusiones.

—Pues eres muy buena —de hecho, excelente. ¿Por qué no la habría escuchado antes? Tal vez porque tenía que hacerlo en el momento justo.

Claire acarició la cabeza de su bebé mientras sonreía con dulzura a su hermana.

—¿Querrás que te sustituya mientras estás de luna de miel?

¿Luna de miel? Starr sintió que el pánico la agarrotaba. Las lunas de miel sucedían a las bodas; las bodas tenían lugar después de una declaración de amor...

Amor. La palabra se fijó en su mente como si fuera el marco y el

contexto perfecto para todas las imágenes en las que aparecían ella y David. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ese momento? Por supuesto que lo amaba con cada poro de su piel y cada resquicio de su alma. Pero por culpa de la inseguridad que le había causado una traumática infancia, temía que un hombre que viajaba constantemente pudiera desaparecer de su vida de un día para otro. Y sin embargo, David le había demostrado a lo largo de los años, aun a pesar de que ella jamás le había animado a creer que tenían un futuro juntos, que era una sólida roca a la que siempre podía asirse. Quizá era un hombre testarudo, pero era su hombre, y también él tenía que resolver asuntos del pasado.

Pero al mismo tiempo que se daba cuenta de todo aquello, miró mecánicamente por la ventana y fijó su mirada en las tres caravanas aparcadas cerca de la playa. De inmediato, sintió vergüenza e inquietud. ¿Qué querían?

Un espantoso pensamiento le cruzó la mente mientras por primera vez en su vida consideraba como una posibilidad real mantener una relación estable con David.

Si se entregaba a él, ¿pasaría David a estar en el punto de mira de los Cimino?

Capítulo 11

David estaba sentado con su madre en la biblioteca, y miraba a su alrededor recordando los comentarios de Starr. ¿Qué había sugerido? Contraventanas y visillos que dejaran entrar la luz. También había mencionado la conveniencia de aligerarla de cosas.

Su mirada se quedó clavada en la repisa de la chimenea y las numerosas fotografias familiares que la ocupaban, retratos artificiales, de poses forzadas y solemnes. Como el gran retrato al ólco que dominaba la habitación. No había ni el más mínimo destello en ninguno de ellos de la naturalidad que caracterizaba las fotografias que sacaba Libby Sullivan.

Quizá por primera vez en su vida, David habló sin pensar.

—Mamá, ¿por qué aguantaste a papá tantos años?

Su madre se quedó paralizada con la taza en el aire. Unos segundos más tarde, la dejó cuidadosamente sobre su plato y respondió:

—No comprendo a qué te refieres, querido.

David no estaba dispuesto a seguir con aquella parodia. Sentado allí, en aquella opresiva atmósfera, se preguntó si ser hijo único no se habría convertido en una excusa para vivir en soledad. Desde luego, era más sencillo que plantear conversaciones como aquélla. Y sin duda, menos doloroso que arriesgarse a que Starr le destrozara el corazón.

Pero en aquel momento, estaba dispuesto a lo que fuera para no perderla.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —una idea lo perturbaba, y necesitaba aclarar las cosas—. Madre, en mi profesión trato constantemente con gente que miente. Puede que no sea el trabajo que tú hubieras elegido para mí, pero lo hago muy bien. Yalgo me dice que me llamaste para que viniera por alguna razón que no alcanzo a adivinar. Si esperas algo de mí, al menos deberías ser sincera conmigo.

Su madre hizo girar la taza en el plato con mano temblorosa.

—Que tu padre no fuera expresivo, no quiere decir que no quisiera a su familia.

David ya no aguantaba más.

—L.as únicas veces que me tocó fue para posar en una fotografia o para darme un bofetón. No nos teníamos bastante afecto como para llegar a tener una relación.

Su madre apoyó las manos en el regazo con los labios apretados en una fina línea.

—No llegaste a conocer a tu abuelo. Tu padre tuvo que recorrer un largo camino para llegar donde llegó y ser como era.

—Eso puede servir de explicación, pero no de excusa.

—¿Insinúas que yo debía haber intervenido?

David guardó silencio. No había pretendido que la conversación se encaminara en aquella dirección, pero no supo cómo reorientarla.

—Hice lo que creía que debía hacer, hijo mío, aquello con lo que confiaba en poder preservar este tipo de vida para ti. Tú no tienes ni idea de lo que es que la gente te mire por encima del hombro porque no tienes dinero.

La familia de su madre había muerto siendo él pequeño. Sabía que no tenían mucho dinero, pero su madre nunca había mencionado que pasaran penurias.

—Si sabes qué se siente siendo pobre, ¿por qué tratas a Starr y a las demás chicas como si fueran escoria?

—Porque quiero que mantengas el estatus que tanto me ha costado que alcanzaras —la voz de su madre adquirió un tono agudo—. No quiero que te rebajes. Debes ser un digno representante de tu linaje.

—¡Caramba! —el cerebro de David se puso a trabajar frenéticamente, analizando la información que su madre le había proporcionado en tan sólo un par de frases—. Yo creía que no te gustaban porque en el pasado habían estado implicadas en asuntos turbios, no por una cuestión tan insignificante como «el linaje».

—Para ti es fácil hablar así porque nunca has tenido que demostrar tu valía —su madre se irguió y se estiró la falda en la que no se veía la menor arruga. David no recordaba haberla visto jamás mal vestida o despeinada.

Lo que acababa de contarle debía haber ayudado a que comprendiera a las chicas de la casa de al lado, pero en lugar de hacerla más compasiva, había endurecido su corazón. ¿Era una cuestión de linaje y dinero? A David cada vez le gustaba menos la imagen que se estaba formando de su madre. Y aún le gustaba menos saber que todavía le quedaba mucho por averiguar. Se puso en pie y le dio la espalda para dominar su ira.

—Starr forma parte de mi vida —tomó una fotografia en la que estaba con sus padres y se preguntó qué tipo de familia imaginaba Starr. Nunca habían hablado de ello. Había cometido el error de no querer soñar ni dejar que Starr soñara. Pero ése era otro aspecto que también pensaba rectificar.

Dejó la fotografia boca ahajo y se volvió hacia su madre.

—Lo que pase con nuestra relación en el futuro depende de ella, pero te aseguro que lo pienso dejarla porque tú rechaces su ADN.

Su madre se puso en pie con una agilidad y determinación radicalmente distinta a la fragilidad de la que había dado muestras los días preceden tes.

—¿Has visto a sus padres y a sus tíos? ¿Tienes idea de qué traman? ¿Y si llegaran a quedarse con una parte de la propiedad? He oído ciertas conversaciones… —el repiqueteo de sus tacones sonó en la

habitación. Caminaba con el rostro enrojecido por la rabia—. Quieren una parte del restaurante. Si se quedan suficiente tiempo por aquí, nuestra propiedad se devaluará. Les da lo mismo cómo conseguirlo. Ese es el tipo de gente del que procede Starr. Con el tiempo, lo averiguarás: la sangre siempre vence. Espera y verás.

—Si es cierto que la sangre lo decide todo, tengo motivos para inquietarme. Basta con ver cómo has tratado a Starr todo este tiempo.

Su madre le lanzó una mirada de indignación.

—¡Cómo te atreves...!

El discurso de su madre le daba vueltas en la cabeza. Sabía que se estaba acercando a algo importante. Su intuición le decía que debía seguir presionándola para alcanzar la verdad.

—Me atrevo a ir lejos porque soy tu hijo y, después de todo, tu sangre y la de mi padre. También tengo la misma fuerza que tú en lo que toca a permanecer fiel a mis decisiones. La gran diferencia es que no tengo ningún interés en defender una propiedad, sino a una persona. La única que verdaderamente me importa en este momento.

Su madre alzó una mano temblorosa y, por un instante, David llegó a creer que pensaba abofetearlo. Finalmente, se limitó a señalar la ventana.

—Míralos. Mira, tienes que verlos. Sabía que si los veías...

David supo la verdad de golpe: la súbita enfermedad de su madre, la insistencia en que fuera a casa... Las piezas del puzzle empezaban a formar una imagen que hubiera preferido ignorar.

—¡Tú les hiciste venir!

Su madre se apretó las manos hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—No sé de qué estás hablando.

—Hiciste venir a la familia de Starr y luego me llamaste. Tú has organizado este encuentro.

Su madre alzó la barbilla.

—¿Y qué, si lo he hecho? No hay nada ilegal en ello. Llevas más de diez años detrás de esa chica, por eso no has encontrado una mujer que te convenga, con la que formar una familia y darme nietos. ¿Qué tiene de malo que una vieja como yo quiera abrazar a sus nietos antes de morir?

—Dudo que estés cerca de la muerte, madre, pero si te sientes sola, quizá debas considerar ir a una residencia. Es evidente que te estás dejando influir por la gente equivocada. Y yo no puedo cuidar de ti.

Su madre lo miró alarmada.

—En todo caso, contrataría a alguien para que se instalara en la casa.

—¿Alguien a quien puedas manipular? Creo que no me comprendes. La decisión está tomada.

—¿Sin consultar conmigo? —los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas.

David no podía consentir que siguiera allí si estaba decidida a hacer sufrir a Starr. Pasara lo que pasara entre ellos, haría lo que fuera necesario para protegerla.

—Madre, podemos realizar esta transición con dignidad y armonía, o de malos modos.

—Puesto que eres dueño de la casa, no me queda otra elección —su madre alzó la cabeza con el aire de una reina destronada.

David se impacientó. No se trataba de mandarla al exilio, sino a un lugar próximo en el que estaría rodeada de amistades y atendida por médicos y enfermeras.

—No te portes como si fuera a mandarte a una chabola. Eres mi madre, y nos veremos con la misma frecuencia que hasta ahora. Pero no consentiré que hagas daño a Starr —se acercó hasta ella y posó la mano sobre su hombro—. Como tampoco voy a dejar que te hagas daño a ti misma para cumplir una venganza que va a acabar con tu salud.

—No soy una mala persona. La prueba es que te eduqué bien.

—Esa no es la cuestión. Asumo que hemos llegado a un acuerdo respecto a lo de la residencia —David le apretó afectuosamente el hombro antes de dar un paso atrás—.Una cosa que no entiendo, madre, es por qué te has tomado tantas molestias en separarnos cuando Starr y yo decidimos hace años, aunque por razones muy distintas a las tuyas, que no estábamos hechos el uno para el otro. ¿Por qué has intentado que rompiéramos cuando no somos pareja?

—Hijo mío... ¿de verdad eres tan ingenuo?

David la miró imperturbable. Su madre continuó:

—Esa chica te ha obsesionado desde que la viste por primera vez. No sé qué poder tiene sobre ti. Quizá tenga que ver con la facilidad con la que esa gente embauca a...

—Madre! —protestó él.

Su madre hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia.

—Como quieras. El caso es que lleváis años jugando un juego que no os hace felices y yo quiero que mi hijo sea feliz.

—Y crees que sentirme manipulado por mi madre me hace feliz, o crees que sentirse mortificada por su familia ha hecho feliz a Starr? —el recuerdo de las lágrimas que Starr había derramado por él en el ático le hicieron sentirse estúpido.

¿Cómo podía haber tardado tanto en darse cuenta de que se merecía mucho más de lo que le había dado en todos aquellos años? —. Madre, tal y como te he dicho, ha llegado el momento de introducir algunos cambios en nuestras vidas. Si de verdad ansías

tanto tener nietos, tienes que aceptar que sólo hay una mujer que pueda ser su madre.

Puesto que no pensaba retractarse de sus palabras, su madre tendría que decidir si las aceptaba o no. A él sólo le quedaba dejarle saber algo que quizá no había dicho tantas veces como debiera. Se inclinó para darle un beso:

—Te quiero.

—Gracias, hijo —su madre fue hacia el vestíbulo—. Voy a llamar a Bisy, de mi club de bridge. Tengo entendido que está muy contenta con su residencia...

Su voz se fue alejando a medida que subía las escaleras. David sacudió la cabeza con incredulidad al darse cuenta de que ni siquiera se había molestado en decirle que también ella lo quería. Estaba claro que sus padres eran unos ineptos en cuestión de sentimientos. Así se explicaba que él¨hubiera sido tan torpe con Starr y no hubiera sabido cómo compensarla por todos los años que había sido utilizada por su familia.

Por otro lado, cabía la posibilidad de que, después de tantos años con la tía Libby, la propia Starr pudiera enseñarle algunas lecciones sobre emociones a cambio de las cosas que él le había enseñado en el terreno fisico.

No se le ocurría que pudiera existir un intercambio más apetecible. Había llegado el momento de aceptar la verdad. Iba a cuidar de Starr fuera como ftiera, incluso si ello implicaba tener que reducir sus viajes.

Una vez tomada aquella decisión, no quiso perder ni un minuto en ir a conseguir a la mujer de su vida, y sabía muy bien cómo conquistar el corazón de la artista que había en ella. Con decisión, apartó el cuadro de encima de la chimenea y marcó una serie de números en la caja fuerte que se escondía detrás. Hacer feliz a Starr constituía su propia felicidad. Ella se merecía eso y mucho más. Abrió la puerta. En el interior había una fortuna.

Amaba a Starr. Siempre la había amado pero, dado que en su casa no había tenido un modelo con el que compararse, nunca había sido consciente de ello.

Pero Starr había descorrido las cortinas y le había hecho ver la luz, y pensaba hacer lo que hiciera falta para convencerla de que tenían que permanecer juntos. Para siempre.

Pero antes, tendría que librarse definitivamente de la gente de las caravanas.

Starr hacía equilibrios para que no se le cayera nada de lo que cargaba mientras se decía que debía tratarse de una metáfora de su vida. Siempre creía que podía con todo, como la gran soñadora que era. Y aquel día, estaba decidida a convertir sus sueños en realidad.

Bajo un brazo llevaba un álbum de recuerdos, pero no se trataba del que había hecho de ella y David. Entre las carpetas que éste le había dado, encontró una serie de fotografias de su familia cuando él era un bebé. La de su padre mostraba a un hombre dulce, un marido feliz y un padre orgulloso. Era posible que las relaciones se hubieran deteriorado en la casa Hamilton—Reis, pero hubo un tiempo en el que reinó la armonía.

Starr recordó que ya salía con David cuando su madre lloraba la muerte de su marido, y se dio cuenta de que no habían sido conscientes del mal momento que estaba pasando.Junto con ese pensamiento, se abrió en su corazón un hueco para la compasión y el perdón que hasta entonces no había existido. Aunque seguía sin atraerle la idea de una madre posesiva, al menos había conseguido comprenderla un poco mejor.

Bajo el otro brazo llevaba el plato con el dibujo de un gato. Al final, se lo había comprado ella misma en lugar de aceptarlo como regalo de David.

En la mano, sostenía una caja con un gato atigrado en el interior.

***

Por primera vez en su vida, subió sola las escaleras del porche de la casa de David.

Llamó a la puerta y esperó. Volvió a llamar. En el momento en que giraba sobre sus talones, oyó el chirrido de los goznes. Se volvió y descubrió a la madre de David. Parecía cansada.

Por más rencor que Starr pudiera sentir por cómo la había tratado desde que la conocía, tenía que conseguir llevarse bien con ella. O, al menos, intentarlo.

Alzó la mano en la que sostenía el gato hacia Alice Hamilton—Reis.

—Recuerdo que solía tener un gato. Este no es tan elegante como aquél, pero es muy cariñoso. Además, hace juego con este plato de coleccionista.

—¡Querida, no sé qué decir! —Alice Hamilton—Reis miró a su alrededor con expresión sorprendida.

—No hace falta que diga nada. Sólo quería traerle un regalo y decirle que espero que se mejore —Starr le dio el álbum y respiró hondo—. David me ha dado unas fotografías para que montara un álbum para usted.

—¿Te las ha dado David? —preguntó la anciana con incredulidad.

Starr asintió, convencida de que a David no le importaría que mintiera por una buena causa.

—Sí, señora. Usted sabe que David y yo hemos sido amigos, y algo más, desde hace mucho tiempo. El representa mucho para mí, y eso la convierte a usted también en alguien muy especial.

Espero que acepte este álbum como un regalo de reconciliación, el símbolo de un nuevo inicio en nuestras relaciones. Aunque sólo sea por David, debemos intentarlo.

La anciana abrió el álbum y se quedó mirando la fotografía de su boda con el padre de David. Era evidente que lo había amado mucho. Quizá la pérdida de ese amor la había herido tan profundamente que ya no le había quedado afecto para los demás.

Acarició la fotografía con dedos temblorosos.

—Has hecho un collage precioso. Gracias —dijo con lo más parecido a una sonrisa—. Siempre se te ha dado bien combinar colores. Las flores que has puesto alrededor de tu casa son un buen ejemplo de ello.

Que fuera capaz de apreciar la belleza de su jardín despertó la esperanza en Starr. Dejó el gato y el plato en el suelo.

Un chillido hizo que se volviera bruscamente. Miró alrededor y al girarse hacia el lateral de la casa, vio a su familia agolpada en torno a David. A su lado, había un par de policías. ¿Cómo era posible que aquella escena le hubiera pasado desapercibida al cruzar desde el restaurante a casa de David? Probablemente, porque su subconsciente había preferido no verla. Una vez descubierta, no pudo apartar los ojos

—Aquí tiene, señora Hamilton—Reis. No hace falta que decida ahora mismo sobre el gato. Si no lo quiere, me lo quedaré yo, pero me gustaría que fuera para usted.

Había leído muchos artículos sobre lo beneficioso que podía ser un animal de compañía para las personas que se sentían deprimidas o solas.

Cruzó el jardín a grandes zancadas hacia las caravanas.

—¡David! ¿Qué sucede?

Su menuda madre corrió hacia ella con los brazos abiertos.

—¡Cariño, menos mal que has venido! Tú puedes aclararlo todo. Tu novio cree que somos unos criminales, pero tú sabes que no haríamos daño a nadie.

Aparte de dejar a una niña asfixiarse en un coche, o estafar a la gente vendiéndole productos falsos, o robar a una mujer mayor que cuidaba a niñas abandonadas. Starr tuvo que soportar que la abrazara antes de acercarse a David.

—¿Qué sucede?

David arrancó la mano de la madre de Starr del brazo de ésta.

—La policía quiere interrogarles sobre una serie de falsificaciones de tarjetas de crédito en Dallas. Creen que tu familia es culpable.

Starr no dudaba que los Cimino fueran capaces de hacer algo así.

Frederick puso la mano en la espalda de David.

—Joven, estoy seguro de que puedes usar tus conexiones para

ayudarnos.

David sacudió la cabeza.

—Lo cierto es que han sido precisamente mis conexiones las que han descubierto la estafa.

Starr contuvo el aliento. Gita le tomó la mano como si fuera un salvavidas. Starr la miró fijamente y negó con la cabeza, decidida a romper los lazos que tanto dolor le habían causado. Al menos la señora Hamilton—Reis estaba dispuesta a admitir el mal que había hecho, mientras que Gita se negaba a reconocer sus errores. Starr se volvió hacia David y se dio cuenta de que estaba preocupado por cómo fuera a reaccionar. ¿De verdad pensaba que podía enfadarse con él? ¿Cómo iba a enfadarse si llevaba toda la vida esperando a que alguien la ayudara a librarse de ellos? La tía Libby lo había intentado, pero estaba demasiado ocupada como para actuar contra cada una de las familias que hacía daño a sus chicas.

Tomó a David del brazo, dejando claro que lo elegía a él frente a sus padres.

—Tengo que agradecerle a David que se haya ocupado del caso. No queremos problemas en Beachcombers —bajó el tono y añadió con firmeza—. Me perdisteis el día que dejasteis que me achicharrara en un vehículo hasta que la policía me encontró y me llevó al hospital. Aquel día estuve a punto de morir, pero no me importa, porque vuestro cruel comportamiento hizo que aterrizara aquí.

Necesitaba verbalizar aquel recuerdo aun a riesgo de que David reaccionara violentamente. Por suerte, aunque sintió que sus músculos se contraían bajo su mano, David guardó silencio.

Essie, consciente de que el baile había terminado, fue la primera en desaparecer. Gita y Frederick retrocedieron con más lentitud. Tenían la suficiente experiencia como para saber que los sentenciarían a servicios comunitarios, pero también eran conscientes de que no debían actuar en una zona en la que la policía los tenía fichados.

Starr experimentó un inmenso alivio y la sensación de que se quitaba un peso de encima. David acababa de conseguir algo mucho más importante que alejar a su familia. La había ayudado a averiguar qué quería de la vida. Ypor primera vez, era capaz de imaginar un futuro con amor.

Apretó el brazo de David efusivamente mientras observaban a los Cimino recoger sus cosas. David pasó un brazo por los hombros de Starr y siguió con la mirada las caravanas, que se alejaron escoltadas por el coche de policía.

Ella lo miró sonriente.

—Gracias.

—De nada. Siento haber tardado tanto en librarme de ellos, pero te

aseguro que no volverán a molestarte. Lo que más siento es no haber podido ayudarte cuando eras una niña indefensa —la abrazó con tanta fuerza que estuvo a punto de romperla.

—No pasa nada, David, son cosas del pasado —dijo ella, consciente de que David estaba rabioso y probablemente más afectado que ella.

—Desde luego que sí —dijo él con voz teñida de emoción.

Se inclinó para besarla, pero un chillido le hizo alzar la cabeza bruscamente.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Starr lo miró con picardía.

—Creo que es el gato de tu madre.

—¿El gato de mi madre?

Se giraron y vieron a la madre de David con el gato acurrucado en su regazo. La madre de David le mostraba más afecto del que Starr le había visto jamás demostrar a un ser humano. Y sonreía.

No parecía un mal comienzo.

David la estrechó contra su costado.

—Supongo que no es una mera coincidencia que se parezca al del plato.

—Eres un hombre muy observador. Se me ocurrió que no le iría mal tener un poco de compañía.

—Te comería a besos por ser tan considerada, pero dado que mi madre está mirando no me parece oportuno —David le retiró el cabello de la cara—. Dentro de poco no tendremos que preocuparnos de eso. Esta tarde hemos decidido que estará mejor en una residencia.

Starr creyó haber oído mal, pero al mirarlo a los ojos supo que se equivocaba. También supo que había algo más e intuyó que aquella decisión estaba relacionada con ella. Como debía estarlo la manera en la que su madre sujetaba al gato que le había regalado. Quizá, después de todo, había un futuro para todos ellos.

Se acurrucó en los brazos de David.

—Por lo que parece, será mejor que averigües si admiten gatos.

—Recuerda que el dinero no tiene importancia.

—Lo olvidaba, agente millonario —se puso de puntillas para darle un beso en los labios—. Aunque si quieres ser discreto mientras tu madre esté por aquí, será mejor que no te muevas hasta dentro de un rato.

—Lo que has notado son las joyas de la familia que llevo en el bolsillo — sonriendo enigmáticamente, la estrechó con fuerza —. Ven a medianoche al muelle y te las enseñaré.

La música del Beachcombers flotaba en el aire. Aquella noche Ashley cerraría el bar, así que Starr estaba libre. Era una sensación extraña hablar abiertamente por primera vez de una posible relación con David, pero había llegado el momento de que los dos dieran un

paso adelante.

Y allí estaba él, bajo la luz de una de las farolas del muelle. Aun después de todos aquellos años, en cuanto lo veía en la distancia se quedaba sin respiración. Tan alto, tan guapo... Ella, una niña abandonada, jamás había llegado a creer que pudiera merecerse a alguien como él.

Pero, precisamente gracias a él, acababa de descubrir que se equivocaba y era digna de su amor.

—David.

El apoyó la espalda en la barandilla.

—Starr.

La sola mención de sus respectivos nombres estaba cargada de emoción. David le tendió la mano. Ella entrelazó los dedos con los de él y se cobijó entre sus brazos.

Durante varios segundos escucharon el batir de las olas contra los pilares del muelle en silencio. Luego, Starr encajó la cabeza bajo la barbilla de David y dijo:

—¿Qué era eso de las joyas de tu familia?

La risa de David le llegó a través del temblor de su pecho.

—Enseguida te lo cuento, pero antes he de decirte otras cosas que debería haber descubierto hace mucho tiempo —Starr notó que tragaba saliva—. Estoy dispuesto a viajar menos para que tengas el hogar que tanto necesitas. Ahora comprendo que quieres tener raíces y siento mucho haber tardado tanto en darme cuenta. La casa nos pertenece y quiero que la trasformes.

Starr cerró los ojos con fuerza para evitar llorar.

—La idea de viajar contigo ocasionalmente no me produce aversión. De hecho, estoy planteándome hacer un curso de Historia del Arte, y me vendría bien ver las obras originales de los artistas que estudie.

—Me parece una gran idea. Gracias a ti, ahora veo mi casa desde otra perspectiva. Mi casa y la vida en general. La idea de un hogar tiene un sentido nuevo para mí si tú formas parte de él. Por otro lado, no estarás más que a unos pasos de Beachcombers.

Starr bajó la mirada y dijo algo que no había compartido antes con nadie.

—Tengo que reconocer que estaba un poco celosa de que Ashley se hubiera sacado una carrera.

—Y sin embargo, tú misma hiciste lo posible para que lo consiguiera. Eres una mujer excepcional.

—Ella lo necesitaba más que yo.

—Como he dicho, eres una mujer excepcional. ¿Cómo no voy a estar enamorado de ti?

—Me amas?

Starr lo intuía, confiaba con toda su alma que así fuera, pero oírselo decir significaba todo para ella.

—Claro que te amo. ¿No te pedí que te casaras conmigo?

—No. Si lo hubieras hecho, lo recordaría.

—¡Maldita sea, está claro que soy un torpe! A Starr le divertía ver a aquel hombre caracterizado por su aplomo mostrarse tan inseguro. Decidió empujarlo un poco.

—Te doy permiso para intentarlo de nuevo. Te quiero tanto que estoy ansiosa por oírlo.

—Así que tú también me amas —David sonrió y, metiendo la mano en el bolsillo, sacó una bolsa de terciopelo verde—. Pon las manos.

Starr formó un hueco con las manos y David dejó caer un puñado de joyas: dos collares, un brazalete y tres sortijas, con esmeraldas, diamantes y zafiros.

—¡Caramba! —exclamó Starr. David rió.

—Las joyas de la familia, ¿recuerdas? Starr echó la cabeza hacia atrás y rió con él.

—¡Y yo que creía que te referías a otro tipo de joyas...!

David le besó la sien.

—¡Cómo me haces reír, cariño! Si más tarde te interesan, hablaremos de ellas —inclinó la cabeza y le besó los labios prolongadamente—. Pero ahora, en serio, ésta es parte de la herencia que le corresponde a mi esposa. Pensando en cómo hablaste de redecorar la casa, se me ocurrió que serías capaz de hacer un anillo de compromiso distinto a todos y apropiado para la excepcional mujer que me ha robado el corazón.

—¡Dios mío! Sí, sí y sí. Haré un anillo que será el símbolo de nuestro portentoso amor.

Starr miró las joyas con los ojos llenos de lágrimas. David estaba esforzándose por encontrar un territorio común, consciente de las necesidades que ella tenía y aceptando aquello que los diferenciaba.

David dio un suspiro de alivio y la miró sonriente.

—Gracias por ser tan generosa con mi madre. No estoy seguro de que merezca tus regalos, pero que hayas tenido el detalle significa mucho para mí.

—Ella te crió —Starr miró los azules ojos de David y vio que desbordaban amor por ella—. Para mí, ése es el mejor regalo.

—Tal y como he dicho, eres muy generosa. Por cierto, veo que al final te compraste el plato con el dibujo de un gato.

—Resulta que yo también tengo dinero —Starr le golpeó el brazo blandamente—. Parece que nunca lo recuerdas.

David la estrechó en sus brazos.

—No me extrañaría nada que tú acabaras siendo la más rica de los dos.

—¿Qué te apuestas a que sí? —bromeó Starr, encantada con que David se mostrara tan seguro de ella.

David fue puntuando con besos cada una de sus siguientes palabras:

—Pase lo que pase, estaré siempre total y absolutamente rendido a tus encantos.

Fin